

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

BUDOKAS CONTRA LA GRIPE



COLECCION

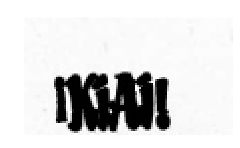
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

BUDOKAS CONTRA LA GRIPE (M. P, SAVAGE-6)

Colección ¡KIAI! n.° 21
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

16 — Simplemente budoka. — Lou *Carrigan*
17 — La secta del Dragón Bicéfalo. — *Ralph Barby*
18 — Hombres sin alma. — *Clark Carrados*
19 —La sombra del samurái. — *Curtis Garland*

20 —Coro de ángeles. — *Lou Carrigan*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 11.894 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel hombre era ya algo mayor, sus sienes estaban plateadas; sin embargo, se conservaba muy bien. Sauna, golf, tenis, no le faltaba nada, incluyendo una dieta racional y equilibrada; no en vano era un científico de primer orden, un hombre del que se había hablado durante varios años seguidos y que terminaría obteniendo el Nobel. Lo curioso es que no se sabía si lo obtendría en Medicina o en Química.

Hubert Schneider era un biológico envidiable, tenía el doctorado en Medicina y también en Química; mas, por ser un científico de gran altura, estaba muy lejos de ser vanidoso y arrogante.

Hubert Schneider había sido fichado por los laboratorios NBB, una prestigiosa multinacional de laboratorios farmacéuticos. Resultaba difícil averiguar en qué país no tenía metidos sus tentáculos aquella empresa, fuera con una representación o mediante una factoría productora totalmente montada.

No era el empleo que deseaba el científico Hubert Schneider. Hubiera preferido sumirse en la investigación pura, pero los laboratorios NBB habían conseguido doblegarle con dinero, influencias y otras cosas, y Schneider había claudicado aceptando la dirección de los laboratorios centrales de investigación de la NBB, empresa modelo según se contaba, que producía para aliviar los males de la Humanidad, sólo que en sus arcas ingresaban fabulosas sumas de dinero, dólares, libras, francos, etcétera, por los beneficios de sus productos, muchos de ellos inocuos según comentaban en las revistas médicas internacionales, otros colegas de Schneider.

La curación se basaba más en la fe con que se los tomaban los pacientes que en la efectividad real de los productos, pero las réplicas de los hombres de la NBB en las grandes convenciones era que si servían de catalizador dentro del cuerpo humano, ya era más que suficiente.

También se comentaba que los que atacaban a la multinacional farmacéutica NBB, como a otras empresas de venta y relaciones públicas, sabían moverse.

Todo quedaba en comidillas y movimientos de dinero de los bolsillos particulares, mutuas y seguros sociales, a las cuentas de la multinacional NBB.

Hubert Schneider se había vendido. Mirándose al espejo, había escupido a su propio rostro:

—Te has prostituido, Hubert, te has prostituido como una puta barriobajera. —Luego, se había echado a reír, añadiendo—: Pero, no te falta de nada, de nada, y es lujoso todo lo que tienes, hasta tu muñeca Diana...

La muñeca Diana estaba en la cama de una amplia y coqueta habitación perteneciente a aquel *cottage* que Hubert Schneider había comprado con el abundante dinero que ganaba como director de los laboratorios de investigación de la NBB.

Schneider era muy comedido en la alimentación; raras veces cometía excesos. Estaba casado, pero prestaba muy poca atención a su esposa y ésta sostenía la situación porque le convenía ser la mujer de un hombre tan importante que era bien recibido en todas partes del mundo.

Llegar con él a cualquier país, significaba ser objeto de una excelente recepción y ser invitada a las fiestas de gran altura; pero Hubert Schneider tenía debilidad por algunas muñecas, como él las llamaba.

Nunca tenía más de una y lo que sí había hecho en tres ocasiones, era cambiar su muñeca por otra nueva. Le gustaban jóvenes, muy jóvenes, que no pasaran de los veinte años, que fueran rubias platino, sin teñir, con ojos azules y piel muy blanca; si no era así, no se interesaba por la muñeca.

Diana cumplía los requisitos por él exigidos: Simpática, inteligente, muy joven, con abundantes cabellos rubio platino, ojos zarcos, un metro setenta de estatura, más bien delgada, caderas poco anchas, nalgas bien redondeadas, pechos altos, duros y agresivos, sin arrugas en su piel blanca y sedosa. En fin, una muñeca que podía hacer las delicias del tipo más exigente.

—¿A qué esperas, Hubert?

Se volvió hacia ella. La vio tendida y perezosa como una gata sensual. No se cansaba nunca de mirarla, era la muñeca más hermosa y perfecta que había tenido.

Todo en ella le parecía atractivo, desde las uñas de los pies hasta sus orejas, con unos lóbulos redonditos y sonrosados que tantas veces había mordisqueado.

Se fijó en su vientre, tenso y sin grasa. Observó sus pechos, con las aréolas subidas de color. Pensó que debía impregnárselas con algo para que el color fuera más intenso y, por lo tanto, se hicieran más visibles.

—Lo siento, Diana, esta noche no.

—¿No?

—No, creo que haría el ridículo y nunca me ha gustado hacerlo.

—Es tu arrogancia germánica la que te impide hacer el ridículo.

—Me siento muy fatigado esta noche.

—Tonto, tonto…

Gateó por encima de la cama, salió de ella y anduvo de puntillas sobre la moqueta, colgándose del cuello del hombre. Le entreabrió el batín buscando su vello, estirándoselo con los dientes mientras reía bajito.

—No, Diana, esta noche no.

—¡Tonto, déjame, déjame!

—Sería inútil.

Ella se echó a reír burlona.

—¿Estás pocho? Creí que tomabas pastillas de esas que rejuvenecen. ¿De qué las hacen?

—Déjame, estoy muy fatigado. La verdad es que no sé por qué te he llamado, por qué he venido. Quería distraerme.

—¿Y yo no consigo distraerte, mi tigre?

—Esta noche, no.

Diana se apartó y adquirió una posición muy digna pese a la ausencia de ropa sobre su nívea piel que se conservaba blanca, sin tostar, porque así le gustaba más al científico.

—¿Es que has venido a decirme que me dejas; acaso has encontrado a otra para suplirme?

—No, eso no, tú eres y serás la mejor de las muñecas que he tenido. Jamás te cambiaría por ninguna otra, pero me siento muy fatigado. Estoy en unos momentos difíciles de mi vida y tomar decisiones siempre es duro, máxime cuando son del orden de las que yo debo tomar.

—¿Y qué decisiones son ésas, mi tigre?

—No lo entenderías.

—Si puedo ayudarte…

—Qué más quisiera yo que encontrar ayuda. La decisión la he de tomar por mí mismo. Se acomodó en una butaca y ella se le acercó, sentándose en el brazo de la misma mientras le acariciaba la cabeza en la que quedaban escasos cabellos.

—Lo cierto es que ya he tomado la decisión.

—¿Ah, sí, cuál ha sido?

—No preguntes, mi muñeca, no es bueno preguntar.

—A lo mejor, mi loca cabecita encontraba una solución.

—¿Solución? YO no quiero ser un traidor; sé lo mucho que me juego. Se lo he dicho así al mismísimo Noah Barcley Barcley.

—¿Y él qué te ha respondido?

—Que lo medite muy bien, que recapacite sobre el daño que puedo causar en la gente que confía en mí y que piense, también, en mí mismo.

—Todo eso parece muy serio. ¿Y de qué se trata? ¿Es un secreto militar?

Hubert Schneider se rió con sarcasmo. No pudo evitarlo, le salió con naturalidad.

—¿Secreto militar, la gripe? —Volvió a reír y luego suspiró. Dio una palmada sobre los muslos de Diana y dijo—: No faltaré a la cita, Savage me espera.

—¿Savage?

—Sí, ¿no has oído hablar de él? ¿Acaso no lees ninguna revista o cambias de cadena la televisión, cuando dan reportajes de interés y denuncia?

—Sí, sí, he oído hablar de él aunque no sé cómo es. Su imagen no suele salir en los reportajes.

—Porque no es un hombre que quiera vender su propia imagen: a decir verdad, ese Moses Pacific Savage es el tipo más honesto que he conocido jamás. El no se ha vendido nunca, como yo he hecho, pero aunque sea tarde, siempre hay un momento para arrepentirse.

—¿Quieres decir que vas a traicionar al poderoso Noah Barcley Barcley?

—Mi querida muñeca, no he ido a ver a mi esposa porque debe de estar en alguna parte que yo ignoro, jugando al bridge, y tampoco puedo pensar que ella fuera a consolarme o ayudarme, por eso he venido a verte. He pensado que hundiéndome en el placer, entre tus brazos, me olvidaría de todo, pero no, sé muy bien que la primera imagen que se va a hacer añicos, que se va a desatomizar, será la mía. Sólo me queda una salida y ésta es encararme con la muerte, cuando llegue, habiéndome arrepentido de mi prostitución. Sólo me quedará la paz de mi propia conciencia porque nadie, absolutamente nadie, me va a perdonar.

—Yo sí, mi tigre, yo sí. Hagas lo que hagas, te perdonaré.

—Tú harás como todos.

—Te juro que no, mi tigre, has sido como un padre para mí.

—Entonces, es que estás hecha una desinteresada. Tendrás que visitar a tu psiquiatra, dile que cargue la minuta a mi cuenta. Lo cierto es que he llegado a un punto en que mi propia conciencia es lo más importante para mí. Es algo que nunca antes había llegado a suponer que me ocurriría, pero no temas, Diana, me buscaré un refugio tranquilo donde pueda pescar y leer libros.

—Yo estaré contigo, mi tigre, siempre contigo adonde quieras llevarme.

—Algún día me dejarás tú también.

—¿Yo? Nunca.

—No digas nunca; cualquier hombre joven podría darte más felicidad y placer que yo.

—Detesto a los idiotas. Me gusta admirar al hombre y tú eres admirable, mi tigre. Volvió a colgarse de su cuello y le besó en la

boca, apasionadamente. Al separarse de él dijo:

—Aunque, en ocasiones, no puedas ser el tigre de los mejores momentos.

—Ni de los mejores ni de los peores, ya ves: nada. En fin, se me hace tarde y he decidido acudir a la cita.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Te llamaré, pero puede que pasen algunos días. Había tormenta, televisión, revistas, periódicos, radio; sí, habrá tormenta, pero dejaremos que pase. Todas las tormentas, por dantescas que parezcan, pasan; luego te llamaré.

—Estaré esperando junto al teléfono.

—Tendrás que perdonarme si en alguna otra ocasión te defraudo, tanto como esta noche, pero estoy muy fatigado y es un momento de grandes decisiones para mí, es decir, la más importante pese a que he tenido que tomar muchas en mi vida.

Se despidieron.

Diana se acercó a la mesita de noche, pulsó un botón disimulado entre unos adornos y preguntó:

—¿Habéis escuchado?

—Sí, tómate unas píldoras y duerme. ¡Fuera!

La orden estaba dada y ella tenía que obedecerla; no valían discusiones ni objeciones. Tenía que obedecer porque quien había hablado no bromeaba y Diana lo sabía muy bien. Por ello se fue al cuarto de aseo. Abrió el botiquín, cogió un frasco de los laboratorios NBB y de él sacó tres pastillas.

Se las tomó con un poco de agua. No había bebido alcohol y, por lo tanto, no había que temer.

Poco después, se tendía en la cama ancha y lujosa, cubierta con una colcha de piel de ocelote.

Hubert Schneider, tras abandonar el *cottage,* anduvo por la amplia acera de aquella área residencial al noroeste de Londres.

Había estacionado su automóvil “Mercedes Benz 350 SE” no muy lejos de allí. Hacía una noche suave y agradable. Hubiera deseado seguir caminando, pero tenía una cita y, más convencido que nunca, como si ya hubiera liberado su conciencia, se había propuesto no faltar y, por supuesto, tampoco defraudar a Moses Pacific Savage, el famoso *free- lance.* Otro reportero podría venderse, había demasiado dinero de por medio.

El *affaire* quemaba, la indignación alcanzaría cotas muy elevadas en todos aquellos países donde, de una manera u otra, la multinacional NBB tenía puestas sus zarpas; pero dudaba que en todos los países el arreglo de cuentas fuera el mismo, ya que no precisamente en pocos, imperaba la corrupción a todos los niveles.

Serían muchos los políticos y los no políticos que tratarían de

echar tierra al asunto para no verse involucrados, pero en aquellas naciones donde la justicia social pudiera prevalecer en más o menos amplitud, allí sí se le exigirían cuentas a los laboratorios NBB.

Se hallaba pensativo al llegar junto al automóvil, introduciendo mecánicamente la llave en la portezuela y abriéndola cuando vio junto a él a un desconocido bien trajeado y de actitud ceremoniosa, un hombre cuyos rasgos podía ver bien porque ambos estaban bajo la luz de una farola tubular.

—¿Señor Schneider? —preguntó aquel hombre, un oriental, aunque era difícil precisar si era chino, coreano o quizá vietnamita del norte; un sujeto de estatura considerable para su raza que cubría la cabeza con un sombrero comprado en la mejor sombrerería del Gentleman London, una cabeza que se adivinaba totalmente rasurada.

—Sí, yo mismo. ¿Qué quiere?

—Traigo esto para usted, señor Schneider.

El científico, acostumbrado a estar en su laboratorio, a acudir a fiestas donde en todas partes era tratado muy bien, un hombre que practicaba el tenis como deporte más agresivo, no podía esperar aquello.

La acción del oriental fue tan rápida como contundente; sin embargo, parecía que no se hubiera movido.

Nadie que les viera pasando por la calle, habría sospechado nada. No había habido discusión alguna, aparente violencia ni malos tratos. Era algo distinto.

No había brillado ningún arma; sin embargo, Hubert Schneider se sintió, de pronto, mortalmente herido en el corazón, la misma reacción que si acabara de sufrir un infarto de miocardio.

El oriental le había aplicado un *makayubi-ipponken* justo sobre el corazón. Había sido un golpe con el puño cerrado, al estilo de los boxeadores, pero sin guantes y con el nudillo del dedo medio adelantado. Con un solo de aquellos contundentes y demoledores golpes, era capaz de romper un montón de ladrillos.

El puño, en el golpe de *karate,* había salido disparado hacia delante, pero retrocedió tras asestar el impacto en el objetivo escogido.

Había sido como el rápido ataque de una serpiente, visto y no visto, y nada se notaba. El oriental seguía ceremonioso como antes. En cambio Hubert Schneider se había llevado las manos al corazón donde sentía un intenso dolor, mientras su boca se abría como buscando aire al tiempo que lanzaba un gemido.

El oriental extendió sus manos y cogió al hombre antes de que se derrumbara.

Lo sentó dentro del “Mercedes Benz 350 SE” se enguantó las manos. Tomó las llaves, pasó al asiento del conductor y puso el coche

en marcha, alejándose del área residencial.

Cuatro o cinco millas más lejos, el oriental detuvo el “Mercedes Benz”. Tras él se colocó otro auto que les venía siguiendo. El oriental abandonó el puesto del chófer y situó el cuerpo, ya sin vida, de Hubert Schneider frente al volante.

Cerró la puerta y sin nerviosismo alguno, con la mayor naturalidad del mundo, dejando el coche con el motor en funcionamiento y sin colocar el freno de mano, pasó al auto que se había situado detrás del “Mercedes”.

Subió a la parte posterior del mismo y se acomodó plácidamente. Allí le esperaban tres hombres más. Uno de ellos, el que daba órdenes, abrió la boca para decir:

—Adelante.

El segundo coche se puso en marcha, despacio, hasta que los parachoques se encontraron; el posterior del “Mercedes Benz” y el anterior del auto que les seguía.

Una vez tocándose, el segundo coche comenzó a empujar lentamente, sin violencia. Fue aumentando la velocidad hasta que llegaron a la pendiente.

El automóvil conducido por el que atendía al nombre de Nino se detuvo y el “Mercedes-Benz” sin freno que lo retuviera y con el motor en marcha aunque no se pisara el acelerador, fue adquiriendo velocidad carretera abajo, pues el desnivel era acusado.

Al final se escuchó un ruido escalofriante que apenas duró tres o cuatro segundos. Hierros retorcidos y cristales que saltaban… Luego, un claxon que nadie silenciaba.

Al poco tiempo, los faros del automóvil que lo había empujado iluminaron el “Mercedes-Benz” que había chocado contra un árbol de los que allí abundaban y que estaba fuera de la propia carretera.

El coche asesino no disminuyó su velocidad y prosiguió su marcha, dejando atrás aquel claxon que sonaba sin que nadie lo desconectara.

—Asunto resuelto, sigamos —dijo Taga Loshen, un hombre que muchos conocían muy bien.

CAPÍTULO II

Moses Pacific Savage tenía el ceño fruncido, lo que no era usual en él. Consultó su reloj por enésima vez, lo que tampoco solía hacer.

Moses P. Savage, contra lo que muchos creían, era un hombre tranquilo, o por lo menos, dueño de sí mismo y de sus propias reacciones anímicas y físicas. Sabía controlarse en cada momento, en cada situación por difícil que ésta fuera, no en vano había adquirido gran parte de la sabiduría varias veces milenaria del Extremo Oriente, el Oriente que iba desde la India, Nepal y el Tíbet, hasta el extraordinario y singular Imperio del Sol Naciente.

Estaba seguro de que el doctor Hubert Schneider acudiría a la cita; era un hombre de palabra y Savage lo sabía; también sabía que era un individuo estrictamente puntual.

Savage no prestaba atención a las dos bellas chicas sentadas, también, en la cafetería de aquel motel de la carretera de Northampton y que le estaban mirando con atención mientras cuchicheaban.

Les atraía la figura de aquel hombre solitario de ojos intensamente verdes y rasgos un tanto orientalizados, con un abundante cabello negro intenso, lacio y cortado con un fleco que le caía sobre la frente, que se adivinaba amplia bajo la cortina de pelo.

Observaban su mandíbula obviamente resistente, sus anchos hombros y su tremenda personalidad que irradiaba como una especie de aura.

Moses Pacific Savage era la virilidad pura y, a la vez, la calma, la seguridad, la fuerza y la energía.

Las dos inglesitas no sabían cómo explicárselo, pero aquel hombre no sólo parecía dueño de sí mismo sino de su entorno, dueño y señor de las plantas, de las máquinas, de las casas... Era algo que no se podía explicar, pero ambas tenían deseos de acercarse a Savage, sentarse junto a él y permanecer así, mirándole, como harían unas ciervas jóvenes rodeando al gran ciervo que domina la manada, con la certeza de que es el mejor, el superior. Sin embargo, Savage no fomentaba en absoluto esa imagen. Precisamente, en aquellos momentos se sentía decepcionado.

Había estado seguro de que el doctor Hubert Schneider le iba a confesar algo muy importante para que lo denunciara al mundo entero a través de los medios de información y ahora tenía que pensar que el

brillante y millonario doctor Schneider, pues era millonario gracias al salario elevadísimo, más primas, que percibía de la multinacional NBB, se había arrepentido.

Se levantó, dejó dos libras sobre la mesa y abandonó el local seguido por las miradas de las muchachas. Savage decidió que el doctor Hubert Schneider ya no acudiría a la cita.

Afuera, en el parking, tenía un “Triumph Stag” carrozado por Micchelotti, pues el poderoso automóvil “Daymio”, de tres ejes y seis ruedas, lo tenían, por aquellos días, Ricky y Juanito Chancleta, ambos amigos y colaboradores en los grandes reportajes de denuncia con los que Savage, el hombre de Okinawa, revelaba actividades fraudulentas de políticos, capitalistas, demagogos, industriales, mafiosos y demás etcéteras que sometían a las gentes en beneficio propio.

La labor de Moses P. Savage en su calidad de *free-lance,* no era nada fácil, siempre estaba rodeada de peligros.

Muchos le acusaban de chantajista, sensacionalista destructivo y otras cosas mayores o menores, según la boca que las escupiera; pero Savage era el tipo más honesto que vivía sobre la cáscara del planeta Tierra como bien había dicho el doctor Schneider.

Savage buscaba los grandes reportajes para desenmascarar los sepulcros blanqueados y, si le era factible, obtenía grandes beneficios por esos reportajes que vendía a las más importantes cadenas de la información internacional. El dinero lo dedicaba al sostenimiento de Liberty Garden; una especie de fundación que nadie, salvo él mismo, sabía dónde se ubicaba y a la que llevaba a los jóvenes marginados de la sociedad de todas las razas y países para formarlos y educarlos como seres puros, sin egoísmo, con amor y entrega al prójimo sin renunciar por ello a las esenciales creencias religiosas o políticas de cada uno, pero sabiendo aceptar y respetar las de los demás. Y todo ello lo conseguían a través de la meditación y las más estrictas disciplinas orientales, al tiempo que sus cuerpos alcanzaban su máxima energía y equilibrio convirtiéndose en *budokas* excepcionales. En el futuro, cuando abandonaran Liberty Garden, podrían enfrentarse a las situaciones más difíciles, sin acobardarse, haciendo frente a quien quisiera convertirse en enemigo de ellos que buscaban la paz y la justicia.

Y ser enemigo de un hijo de Liberty Garden era ser enemigo de la Humanidad, del prójimo por antonomasia; era convertirse en un Caín en potencia.

Savage puso en marcha el deportivo “Triumph Stag” para retornar a la City. Aquella misma noche tenía otra cita, una cita que había supeditado a la primera, mas como Hubert Schneider no se había presentado, ahora acudiría a la presentación del grupo *Geishas Haorí.*

Vestía un smoking azul brillante con camisa de cuello de cisne que le evitaba el engorro de llevar corbata o lacito.

Dejó el auto en el estacionamiento reservado para el Orient Imperial Hotel y pasó al vestíbulo del mismo. Mostró a uno de los empleados del hotel su tarjeta-invitación y éste se apresuró a dedicarle inclinaciones de cabeza.

Sólo personas muy seleccionadas habían sido invitadas a aquella gala de las *Geishas Haorí* y Savage había sido uno de los elegidos porque, entre otras cosas, era un experto en todo lo oriental. Se suponía que la BBC (que era quien organizaba aquella gala única y exclusiva en la sala de fiestas del Orient Imperial Hotel) le pediría su opinión respecto a la actuación de las *Geishas Haorí.*

La BBC iba a grabar toda la actuación, para retransmitirla a color para sus televidentes y vender luego a. otras cadenas de la Eurovisión, cuando se creyera oportuno. Era la primera vez que el grupo de *Geishas Haorí* salía del Japón y actuaba públicamente, y más frente a unas cámaras de filmación.

Para no perder la exclusiva, no se permitía el paso a la sala de fiestas de cámaras fotográficas, magnetófonos ni filmadoras. Todos los invitados eran cacheados y advertidos de que iban a serlo, indicándoles que si no deseaban ser cacheados, optaran por no presenciar el espectáculo de las *Geishas Haorí.* De este modo, nadie podía pisar la exclusiva de la BBC a la que tanto dinero había costado aquel montaje que luego se convertiría en un programa que a muchos entusiasmaría y a otros aburriría, como era de rigor.

Savage vio una gran cantidad de cables que se introducían en la sala de fiestas.

Los empleados con uniforme y el detective del hotel, junto con un agente de seguridad de la propia BBC, controlaban que los invitados fueran pasando, sin problemas, a la pequeña pero coqueta sala de fiestas.

Antes de entrar a la misma, podría decirse que montaban guardia dos japoneses enigmáticos vestidos como *samurais,* con las *katanas* colgando a la izquierda de sus cuerpos.

Un vistazo bastó a M. P. Savage para darse cuenta de que no eran vulgares figurantes, disfrazados para aquella especie de representación. La forma de colocar sus pies, sus manos, la expresión de sus rostros, no ofrecían lugar a dudas para un experto como Savage. Aquellos dos japoneses estaban preparados para emplear las *katanas* como sus ancestros lo hicieran, siglos atrás.

El espectáculo había comenzado. La decoración del pequeño escenario recordaba una salita de té de una casa de *geishas.* Había allí un cliente, y la *geisha* que actuaba en aquellos momentos lo hacía como si estuviera viviendo una situación real.

Hablaba en japonés y su cliente le respondía, también en japonés, mientras un traductor iba traduciendo para los telespectadores cuanto se decía.

—Centra lo que los occidentales han venido suponiendo, una *geisha* no es una prostituta oriental sino una mujer culta y refinada que entretiene a su cliente conversando, recitando, interpretando alguna pieza musical. *Gei* significa persona y *sha,* culta, por lo que *geisha,* en japonés, equivale a *persona culta* y así es en realidad. Es muy difícil llegar a ser una *geisha,* hay que tener un perfecto control de los gestos y movimientos, destreza musical y poética, sutil amabilidad; no obstante, la llegada de los americanos al Japón tras el bombardeo atómico, sí hizo que algunas *geishas* se convirtieran en prostitutas o, en vista de las exigencias del mercado americano, algunas prostitutas se hicieran pasar por *geishas* para, de este modo, sacar mejor sus dólares a los americanos. El espectáculo que les estamos ofreciendo es auténtico y autóctono, sin mixtificaciones. Las *Geishas Haorí* no tienen más trato sexual que el que ellas desean y en rarísimas ocasiones, como podría tenerlo una dama de la aristocracia inglesa...

El presentador y conductor de aquel programa contaba con la asesoría de la embajada del Japón y dirigía el grupo de *geishas* especialmente invitadas a Inglaterra para aquella actuación.

Savage se acomodó ante una mesita reservada para él. Todo el mundo, vestido con smoking o trajes de gran gala las señoras, contemplaba la representación.

Entre las mesas, además de camareros de la sala de fiestas que atendían a las consumiciones que se les requerían, se movían unas *geishas* o por lo menos iban vestidas corno ellas.

Una de aquellas féminas, con gran abundancia de cabello peinado al estilo japonés, con kimono y el rostro empolvado, con los dientes lacados dándole un aspecto de muñeca, de ser irreal, se acercó a la mesa de Savage y le colocó delante un programa, señalándole con el dedo para que leyera.

Savage inclinó la cabeza para leer, pero entonces entró en funcionamiento su sexto sentido y ladeó la cabeza. Había notado algunos detalles que podían pasar desapercibidos para cualquiera, mas no para él. La mano de aquella *geisha* era demasiado grande y nervuda; sus movimientos, tampoco habían sido los exactos y por ello movió la cabeza al tiempo que la mano armada de la *geisha* caía sobre él, rozándole la oreja e impactando contra la mesa de madera que se partió en dos, abriéndose como un libro.

La mano de la supuesta *geisha* había atacado armada con un pequeño pero contundente *yawara* de madera de teca india. El pequeño bastón, de unos quince centímetros de largo en cada uno de cuyos extremos estaba tallada la cabecita de un dragón de formas

sencillas, pero acusadas, quedaba encerrado dentro de la mano y por ambos extremos del puño aparecían las contundentes e incisivas cabecitas aparentemente inofensivas, pero que manejadas por un experto *karateka* resultaban mortales de necesidad. Era como aplicar un *ate* mortal, pero no a mano vacía sino a mano llena, lo que hacía que el golpe resultara más contundente y letal.

De haber acertado con el *yawara* en la cabeza del sorprendido Moses Pacific Savage, le habría dejado muerto sobre la mesa con el cráneo partido y sin que apenas nadie se hubiera percatado. Mas no había sido así, porque Savage, que veía y escuchaba todo lo que estaba al alcance de su vista o de su oído; no había sido cogido desprevenido y supo esquivar el terrible impacto a tiempo antes de que le fracturaran el cráneo de forma tan traidora como simple, en medio de una sala de fiestas, ante las cámaras de la BBC británica y rodeado de gente.

La *geisha* trató de enmendar su error repitiendo el golpe, pero Savage ya estaba

reaccionando con una *ashigatana* que cazó en la axila a la falsa *geisha,* haciendo saltar de su mano el temible *yawara,* verdadero identificativo de que era un mercenario de la temible secta internacional del Dragón Bicéfalo; los sicarios que tenían el encargo de asestar el golpe definitivo a Moses Pacific Savage para hacerlo desaparecer, a él y a todo lo que él significaba, incluyendo su Liberty Garden, para que sus seguidores no pudieran continuar su lucha contra los opresores de la Humanidad sin que importara su raza, credo o política.

La Secta del Dragón Bicéfalo no cobraba de un solo hombre o de una única organización, sino de todos los que habían sido desenmascarados y denunciados gracias a los reportajes de Savage, o los que temían serlo.

La Secta del Dragón Bicéfalo tenía como objetivo primordial destruir a Savage y a su Liberty Garden y hasta que no lo consiguieran, Savage viviría constantemente perseguido, buscado, acosado, por lo que siempre debía hallarse alerta.

Sin embargo, no perdía su tranquilidad. No era la primera vez que se encontraba frente a un ataque de aquella índole y quienes le atacaban, eran *budokas* muy expertos en todas las Artes Marciales Orientales.

La *geisha* del escenario quedó en suspenso y se produjo un tumulto en la sala.

Savage saltó sobre otra mesa y otro tanto hizo la falsa *geisha,* pues no parecía que le estorbaran sus ropas. Algunos negaron a creer que se trataba de parte del espectáculo, mas no era así.

Savage sabía que un golpe bien aplicado por parte de su

atacante podía matarle, pero él conocía a fondo las Artes Marciales y comenzó a comer terreno a su adversario. Este, viéndose perdido, saltó por encima de las mesas tratando de huir al tiempo que gritaba algo en japonés.

Savage, que entendía el japonés, no en vano toda su niñez la había pasado en Okinawa y había tenido profesores nipones, se enteró de lo que decía.

La falsa *geisha* pasó entre los dos *samurais* de la entrada que desenfundaron sus respectivas *katanas.*

Los largos y brillantes sables se alzaron frente a Savage que miró los rostros de los dos orientales y tuvo que saltar para impedir que los aceros le arrancaran la vida de un tajo.

Pronto, el público comprendió que aquello no era broma, pues las espadas japonesas, de filo excepcional, cortaron tapizados, cortinajes y mesas, mientras Savage saltaba para evitar que las *katanas* segaran su vida.

Mesas, botellas, todo era destrozado entre el tumulto y los gritos.

Savage saltaba de un lugar a otro. Era difícil alcanzar con las manos limpias a aquellos dos *samurais,* si es que lo eran, en algún punto vital, pues evidenciaban ser temibles expertos en el arte del *Kendo.* Lo malo para él es que no manejaban los simples *shinais,* la falsa espada hecha con bambúes para los entrenamientos, sino que utilizaban *katanas* auténticas e iban a por la vida de Savage.

Como se había dado la voz de alarma, aparecieron unos policías que trataron de acercarse, sin conseguirlo. Aquellos dos japoneses no entendían o no querían entender el inglés.

Al fin, desde lo alto de una mesa, Savage saltó por encima de uno de los mortíferos sables y cazó a uno de los *samurais* entre las cejas con un *ushiro geri.* El tacón de su zapato fue contundente porque su enemigo cayó hacia atrás, desplomado.

Savage saltó hacia delante e inclinó la cabeza mientras la *katana* del otro *samurai,* con un silbido escalofriante, trataba de decapitarle.

Mas la hoja pasó por encima de él al tiempo que Savage se apoderaba de la *katana* del caído y con ella en la mano se enfrentó al otro japonés. Este moderó sus impulsos al ver a Savage armado, pese a los difíciles momentos que había tenido que pasar.

Cruzaron los aceros. Savage demostró que en el arte del manejo de la espada también era un experto y al fin, hizo saltar la *katana* de su contrario al tiempo que apoyaba el filo de la punta en el cuello del *samurai.*

Savage sólo tenía que hacer un ligero movimiento hacia sí, jalando de la hoja, y ésta degollaría a su adversario. Este quedó quieto, esperando la indignidad de la vida, o la muerte por haber sido

vencido y desarmado.

—¡Quieto, no lo mate! —le pidieron los policías corriendo hacia el japonés que pronto quedó esposado.

El caído fue introducido en una ambulancia y conducido a un hospital con conmoción cerebral.

—Por favor, señor Savage, ¿querrá acompañarnos a la estación de policía para tomarle declaración? —preguntó el inspector.

—¿Es necesario?

—Sí.

—En ese caso, les acompañaré, pero verán cómo no sacan nada en limpio, no les dirán nada.

—Se equivoca usted; hemos capturado al que se había hecho pasar por *geisha* y le sorprenderá saber que...

—¿Que era un hombre, un *karateka* de primer orden?

—¿Lo sabía?

—Era evidente, inspector. Se ha vestido como una *geisha* y con el empolvamiento de su rostro y la magnífica peluca que llevaba, resultaba difícil advertirlo. Posiblemente fuera un profesional de *Kabuki,* donde los actores masculinos se disfrazan de mujer con una perfección excepcional, pero el averiguarlo es tarea de ustedes.

—El detenido ya nos lo contará en la estación de policía,

—Lo dudo, no hablará —respondió Savage caminando hacia la puerta junto al inspector tras haberle entregado la mortífera *katana.*

En la sala de fiestas se restablecía el orden mientras aumentaban los comentarios y algunas damas continuaban inconscientes por el susto que se habían llevado.

—Usted podrá explicarnos por qué le han atacado.

—Sólo sé que querían matarme. Son sicarios a sueldo, que vienen siguiéndome para matarme..

—Pues, han buscado un lugar muy público.

—Para ellos no hay lugar ni país imposible. Allí donde menos se espera salen para tratar de asesinar. Son internacionales.

—¡Vamos, vamos, señor Savage, eso son fantasías! ¿Piensa que nos lo vamos a creer? Savage se encogió de hombros. Salió del hotel y pasó a un automóvil de Scotland Yard, dejándose conducir a la estación de policía.

—Tendrá que dar una explicación más convincente, que sea... ¿cómo le diría yo?

—¿Más lógica, para convencer al juez?

—Eso mismo. Por supuesto, usted ha sido la víctima; tiene un montón de testigos. Los atacantes han sido tres, y armados. Supongo que no sería parte de un número de promoción de este ballet de *geishas* o como quieran llamarle.

Savage dedicó una mirada conmiserativa al inspector de

Scotland Yard y se acomodó en su asiento, para descansar. No tenía prisa alguna. Él era el primero en desear que quienes le habían atacado fueran interrogados y alguno dijera algo sobre quienes les habían ordenado matarle, pero aquello era como pedir melones a un cerezo.

Al llegar a la estación de policía, el inspector preguntó a un colega:

—¿Habéis comenzado a interrogar a la falsa *geisha?*

—¿Interrogar? —repitieron perplejos.

—Sí, ¿no la tenéis en la celda?

—Está camino de la Morgue.

—¿De la Morgue? Si no le había sucedido nada, la hemos atrapado cuando quería huir del hotel…

—Se ha hecho el *harakiri* dentro del coche, nadie ha pedido evitarlo. Llevaba escondido un cuchillo muy afilado, se ha inclinado sobre sí mismo y ¡zas! ya no ha habido quien detuviera el *harakiri.* Ahora está muerto.

El inspector, como si hubiera recibido un inesperado mazazo, se tambaleó y se quedó mirando a M. P. Savage.

—Señor Savage, ¿ese *karateka, geisha* o lo que fuera, era una especie de *kamikaze?*

—Pienso que se le había encomendado una misión y que, al fallar, ha sentido tanta humillación y vergüenza que ha decidido morir, eso es todo. De todas maneras, jamás habría hablado, él era sólo un enviado.

—¿Tanta fidelidad le tenía a su jefe?

—Es posible que sintiera mucha fidelidad, pero lo más importante para él era su propio código del honor. Es algo que los occidentales no acaban de comprender y que los orientales tienen muy claro en su mente y en sus corazones.

—Lo dice como si usted participara de ellos, señor Savage. ¿Es, realmente, un norteamericano o un oriental?

— ¿Qué más da lo que yo sea? Soy un ciudadano del mundo aunque tenga pasaporte norteamericano. Fui educado en Okinawa, en el seno de un colegio para hijos de militares norteamericanos, pero todavía no está muy claro quiénes fueron mis padres.

—¿Es cierto entonces lo que cuentan de un avión que cayó al océano y en el que viajaban muchas mujeres embarazadas, unas norteamericanas y otras japonesas, reclamadas por sus esposos yanquis?

—Sí.

—¿Su madre era japonesa?

—Lo ignoro,

—Sin embargo, sus rasgos…

—No se precipite, inspector, también había mujeres anglosajonas en el aparato siniestrado.

—Que, lógicamente, estarían casadas con estadounidenses.

—Pero que podían haber tenido algún que otro desliz con algún japonés. No sólo los hombres tienen debilidad por lo exótico.

—¡Oiga, señor Savage, no quiera liarme! Dejémoslo en que es usted ciudadano norteamericano...

Savage sonrió y, al propio tiempo, su mente se desplazo a un hospital psiquiátrico militar de los Estados Unidos, donde estaba recluido un enfermo que había enloquecido bajo el sol del océano hallándose a la deriva en un lanchón neumático.

El, sólo él, sabía de quién era hijo Savage, pero no podía decirlo porque su mente hacía años, décadas, que estaba perturbada.

En lo más recóndito de su razón perdida guardaba el secreto del nacimiento de Moses Pacific Savage, al que se le habían puesto tales nombres por ignorar los de sus padres y haber aparecido en los brazos del enfermo dentro del lanchón, suponiéndose que el propio enfermo habría arrojado al océano el cadáver de la madre muerta.

De pronto, la voz de otro inspector de Scotland Yard que cruzaba junto a ellos le arrancó de sus recuerdos.

—Vaya notición acaban de dar por la tele. El doctor Hubert Schneider, el futuro premio

Nobel, se ha matado con su coche estrellándose contra un árbol...

CAPÍTULO III

Moses Pacific Savage tuvo que pasar por un ordenanza, una recepcionista y dejarse conducir por una azafata de interempresa hasta llegar a una jefe de secretariado.

Cruzó por una sala repleta de mesas escritorios y máquinas de escribir. La central de la multinacional de laboratorios Noah Barcley Barcley, era en sí misma, una empresa administrativa de proporciones gigantescas, una empresa autónoma y como tal se comportaba.

M. P. Savage avanzaba sobre el suelo enmoquetado con la suavidad y la elegancia que le eran connaturales. No hacía ruido; sin embargo, las mujeres que allí trabajaban habían alzado sus ojos para mirarle y admirarle. Eran muchas las féminas que laboraban en aquella gran sala desde la cual se dirigían multitud de empresas repartidas por todo el planeta.

A las mujeres les atraía la elevada estatura de M. P. Savage, su aparente delgadez, la ausencia total de grasa en un cuerpo nervudo y bien musculado, de anchos hombros y altiva cabeza cubierta de abundante cabello negro, la paz y seguridad que transpiraba su rostro de rasgos eurasiáticos.

A la vez se intuía que de él podía desprenderse una gran agresividad si se le provocaba hasta una situación límite, pero también se notaba que no era hombre que buscara pleitos porque sí. Sólo llegaría a una pelea si un enemigo le colocaba en tal disyuntiva y sólo un imbécil o un profesional del crimen trataría de ponerle en tales situaciones extremas.

Savage era ceremonioso en su trato y sonreía, no abiertamente, pero sí lo justo, con deferencia y amabilidad hacia su interlocutor.

No buscaba la admiración de las mujeres en general. Sabía que estaba siendo observado atentamente y que habrían muchos cuchicheos entre las chicas respecto a su persona, pero no le interesaban lo más mínimo. A Savage sólo le importaba captar la atención de algunas mujeres en particular y en el momento adecuado.

Dejaron atrás la gran sala de secretarias y pasaron a un despacho sobrio donde una mujer de aspecto duro y eficiente les recibió.

—Es el señor Savage y va a ser recibido en dirección —aclaró la azafata.

La dura secretaria, de unos treinta y tantos años, escrutó a Savage de arriba abajo, como si lo estuviera midiendo o buscando una mota de polvo en sus ropas o zapatos para, acto seguido, lanzarle una

mirada de desprecio, mas no encontró rastro de polvo ni nada que rechazar.

—¿Es usted el señor Moses Pacific Savage?

—¿No se lo ha dicho ya la señorita azafata?

—Su documentación.

A Savage comenzó a cargarle aquella secretaria que podía haber sido reclutada en cualquier cárcel de mujeres.

—¿Es necesaria?

—Sólo será un momento. Necesitamos verificar las identidades de los visitantes, son normas de la empresa.

—Está bien.

Sacó su pasaporte y la secretaria lo miró casi con asco, como si temiera mancharse los dedos.

—Extranjero, ¿eh?

—Eso parece, pero no me siento extranjero en ningún lugar del mundo.

—Americano —silabeó la dura secretaria, como habiendo encontrado al fin un motivo de desprecio.

Para aquella mujer, inglesa de pura cepa, ser norteamericano debía ser como pertenecer a una raza inferior o poco menos.

—Los norteamericanos tienen mucho dinero y... En fin, prefiero no dar mi opinión.

—Es que nadie se la ha pedido. A lo peor no se la pidió ni su marido en el poco tiempo que debieron permanecer casados.

Los labios de la mujer se plegaron en una mueca de desagrado; casi de amenaza.

—Puede pasar.

Llamó por un dictáfono y mientras salían del despacho, la azafata le dijo con un susurro:

—Se ha ganado usted la enemistad de miss Eveline.

—La hubiera decepcionado si no consigo despertar su enemistad.

Savage tenía razón. Miss Eveline solía buscar la claudicación de los visitantes, sonrisas, casi reverencias; luego, ella se elevaba como si estuviera sentada en un trono de marfil. Era lo habitual. Todos los que llegaban hasta ella y querían seguir adelante, hasta el *sancta sanctorum* de la empresa, evitaban cualquier problema que pudiera representar un contratiempo para su avance y se mostraban algo más que amables con miss Eveline. Después, desaparecían y miss Eveline, con una sonrisa de suficiencia y triunfo, los despreciaba.

Mas, con M. P. Savage no había ocurrido lo mismo. Podía sentirse furiosa contra él, pero no despreciarlo aunque tuviera pasaporte norteamericano, pues ella buscaba siempre cualquier detalle que utilizaba con desprecio, ironía o sarcasmo, para mermar la

seguridad del visitante.

Si alguien llegaba con los zapatos algo sucios de barro, por muy importante que fuera el personaje, su mirada, aplicada a los zapatos con desprecio, era suficiente para quitarle seguridad y ella, una psicóloga nata, lo sabía, por eso actuaba de forma tan maligna. Y sus jefes se lo agradecían, sabían valorar su trabajo. Era mejor recibir a alguien inseguro, casi balbuceante, que a un tipo completamente seguro de sí mismo, dispuesto a no ceder una pulgada de su terreno.

En el siguiente despacho, la decoración y el personaje resultaban radicalmente distintos.

Allí había una secretaria bombón, de abundantes cabellos rubios, alta, bien formada, casi exuberante y cubierta con un vestido de tricot que se amoldaba a su cuerpo y evidenciaba que debajo no llevaba nada más.

—Bien venido a los laboratorios NBB, señor Savage —le saludó, con la más amplia y provocativa de sus sonrisas.

La azafata que le había acompañado hasta allí se retiró discretamente. Conocía bien el recorrido y el momento en que debía desaparecer.

—¿Debo pedirte una cita?

—No sería el primero que lo hiciera, señor Savage.

—Por eso lo preguntaba.

—Muy irónico.

—La verdad, no me gustaría seguir el itinerario que llevan todos los que vienen aquí; un itinerario que, supongo, termina en tu cama. ¿Cómo has dicho que te llamas, preciosa?

—Olimpia, y sólo me acuesto con quien me gusta y soy muy rara en mis gustos —le dijo, acercándose a una gran puerta.

Tocó un resorte medio disimulado y la hoja se abrió. Savage supuso que había una clave para franquear aquella puerta.

Apareció un amplísimo despacho de paredes forradas con madera, confortable, pero decorado a la inglesa, algo oscuro y recargado.

Vio un sofá tapizado en visón plateado y supuso que Olimpia debía conocerlo muy bien. Era amplio, largo y muy cómodo. Luego, una gran mesa y tras ella, un hombre de rasgos duros, casi herméticos, con cejas gruesas y rectas que se unían en el entrecejo.

Fumaba un cigarrillo con boquilla, de forma parsimoniosa, como si a través del pitillo se controlara perfectamente, pero aquel individuo debía de estar siempre o casi siempre en tensión y su mente sería una computadora constantemente en funcionamiento.

Savage se acercó a la mesa. El hombre le señaló, con un ademán de su diestra, una de las butacas que había ante la mesa. Savage hizo una breve inclinación de cabeza a modo de saludo y tomó asiento.

—Usted dirá, señor Savage, y espero que sea breve. Los laboratorios NBB son una macroempresa que no puede permitirse el lujo de perder el tiempo.

—En principio, usted no es Noah Barcley Barcley.

—¿Y?

—Pues, que yo he pedido hablar con Noah Barcley Barcley.

—Eso es del todo imposible en estos momentos, señor Savage.

—¿Por qué?

—No tengo por qué responderle; no obstante, haré una excepción y le diré que el señor Barcley se halla en un período de merecido descanso y no puede ser interrumpido por nadie, ni siquiera se encuentra en este país, por lo que le ruego que, si tiene algo que decir, lo exponga ahora. Soy Taga Loshen, jefe de seguridad central y miembro con voz y voto en el consejo superior de administración de la empresa, con poder de control y acción en todas las factorías y laboratorios NBB. Comprenderá que ya ha sido mucha suerte llegar hasta aquí; será bueno que le diga que ningún periodista lo ha conseguido hasta ahora. Aquí llegan ministros de muchos países e industriales poderosos pidiendo patentes, normas, etcétera. Ahora, ya he perdido mucho tiempo, por lo que le agradeceré que sea breve, señor Savage.

—He venido a interesarme por el doctor Hubert Schneider.

—¿El doctor Schneider? —Se llevó la boquilla a los labios; las palabras del visitante no parecían haberle sorprendido en absoluto, diríase que las estaba esperando—. El doctor Schneider era un gran científico y su muerte ha sido una terrible pérdida, no sólo para los laboratorios NBB si no para toda la Humanidad. Repito que ha sido una muerte muy lamentable; era relativamente joven y se esperaba mucho de él, de su ciencia. Si lo que desea es realizar un reportaje sobre su figura, vida y obra, cuente con el apoyo de estos laboratorios. Le destinaremos un empleado de relaciones públicas para que le ayude en cuanto usted precise, visitas, datos, lugares de trabajo, etcétera. Repito, exaltar la personalidad del ilustre doctor Hubert Schneider es bien aceptado por nuestra empresa.

—¿Aunque su muerte no fuera accidental?

—¿Cómo dice, señor Savage?

—¿Seré igualmente tratado, si pienso que el doctor Schneider ha sido asesinado?

—Naturalmente que sí, pero no sabía nada al respecto. ¿Se lo ha contado la policía?

—No, es una sospecha mía. He visitado la Morgue y he conseguido enterarme de algunos datos.

—¿Y cuáles son esos datos?

—Muerte por paro cardíaco.

—Eso suele ocurrir en los accidentes de automóvil.

—Es cierto, pero también se puede parar un corazón con un *nakayubi-ipponken.*

—¿Cómo ha dicho? —inquirió, parpadeando.

—*Nakayubi-ipponken.* Digamos que es puñetazo seco a la altura del corazón, un golpe que puede asestar un *karateka* muy entrenado y es suficiente para matar a un hombre.

—Tiene usted mucha imaginación, señor Savage. Por cierto, le vi por televisión; dio usted todo un espectáculo saltando para esquivar el filo del sable japonés.

—Un espectáculo muy deplorable, señor Loshen, muy deplorable.

—¿Deplorable, cuando fue usted la estrella que supo controlar la situación desarmando a sus adversarios?

—Sí, deplorable. Espectáculos de esa clase no deberían producirse jamás, lo malo es que, en ocasiones, son inevitables.

—Es usted un experto *budoka.* Ya vimos todos que lo mismo practica *Kendo* que *Tae-Kwon Do.*

—Está usted informado acerca de las Artes Marciales, señor Loshen.

—Algo; siempre recibo informes muy cualificados sobre lo que en determinado momento me interesa. Estoy al corriente de que usted puede convertirse en un hombre muy peligroso. Supongo que es capaz de romper una tabla de madera o unos ladrillos con el canto de su mano, saltar por encima de un hombre o aplicar a un enemigo uno de esos golpes que pueden resultar mortales.

—Muchos *budokas* y no *budokas,* simplemente practicantes de las Artes Marciales orientales, pueden realizar eso, señor Loshen. Lo que es preciso es controlar muy bien esas técnicas de lucha y jamás emplearlas, por exhibición, en sus grados dañinos para el prójimo o ponerlas bajo el salario que quieran pagar los poderosos, convirtiéndose en asesinos a sueldo. Un budoka puro es algo diferente a lo que usted y mucha gente imagina.

—Ya, ya; supongo que intervendrán códigos de honor y cosas por el estilo.

—Algo de eso, pero no es exacto del todo. En fin, no creo que usted desee que le hable de los *budokas* o de mí mismo.

—Claro que no; sin embargo, ¿cómo terminó el asunto de los

samurais que querían cortarlo a rodajas en la sala de fiestas, y pasado en directo para los telespectadores de la BBC?

—Pues, que los japoneses de la *batana* no eran *samurais* y tampoco entienden inglés. Aseguran que creyeron en peligro a una de las *geishas* y actuaron en consecuencia, ya que eran guardaespaldas del grupo de *geishas.* Los representantes y dirigentes del grupo así lo han reconocido, y todos lamentan lo sucedido. El gobierno británico no ha querido tener problemas diplomáticos y ha puesto dentro de un avión, rumbo al Japón, a los dos japoneses en cuestión, indicándoles que son personas no gratas en el Reino Unido.

—Muy bien. ¿Y aquella *geisha* que dicen le atacó?

—Ese es otro problema. No era una *geisha,* sino un oriental desconocido que logró infiltrarse en el grupo y disfrazarse de *geisha.* Ningún miembro de la comitiva japonesa invitada por la BBC lo ha reconocido y tampoco ha sido encontrado su pasaporte. No figuraba en la lista de los invitados de la BBC, sólo era un intruso que sabía en qué terreno se movía y el secreto de su actuación se lo ha llevado consigo a la tumba haciéndose el *harakiri.*

—Pero ¿es cierto que se ha hecho el *harakiri?*

—Sí, dentro de un coche de la policía, sin que nadie tuviera tiempo ni modo de impedirlo. Podía ser un *yakuza* o un *ronin.*

—*¿Yakuza, ronin?* Esas palabras son desconocidas para mí.

—Un *yakuza* es un personaje que subsiste en el Japón actual y que utiliza también la *katana,* si es necesario. Tienen un código del honor y actúan para sus señores. Un *ronin,* por el contrario, es el llamado *hombre flotante.* Ha sido *samurai,* se ha degradado y pone su arte de matar al servicio de cualquier dinero. En fin, no sabremos nunca quién fue.

—¿Y Scotland Yard qué opina?

—A mí, concretamente, me ha dicho que el caso ha sido cerrado con la muerte del atacante, salvo que yo solicite una investigación a fondo porque me crea en peligro.

—¿Y usted ha pedido la protección de Scotland Yard, como súbdito extranjero en posible peligro?

—No, sé cuidar de mí mismo.

—Sí, eso es cierto, pudimos comprobarlo a través de televisión.

—El *affaire* de las *Geishas Maorí* prefiero olvidarlo. Es muy difícil explicar a los occidentales cuáles son los códigos del honor, y otras situaciones, de los orientales.

—Comentan que es usted medio oriental.

—Podría ser. He tenido maestros occidentales y maestros orientales, pero prefiero dejar mi caso personal al margen. Insisto, he venido a ver a Noah Barcley Barcley porque pretendo hacer un reportaje a fondo sobre los laboratorios NNB, el poder de la

multinacional y la figura del desaparecido doctor Schneider que, para mí, fue asesinado.

—Sus pretensiones, son excesivas. Ya le he dicho que a Noah Barcley Barcley no podrá verle. Por otra parte, poco iba a sacar para su reportaje. Es un consejo de administración quien conduce la empresa. Respecto a los laboratorios, como todo está limpio y diáfano, y lo digo porque sé que sus reportajes son sensacionalistas y de escándalo, tampoco va a sacar nada. Y si el doctor Schneider ha sido asesinado, es problema de Scotland Yard. Echar basura, ahora, sobre una figura tan eminente, no va a hacer ningún favor a nadie y sí irritará a mucha gente y también a organizaciones científicas y culturales.

—Usted, señor Loshen, me ha dado su opinión, pero yo no me creo nada, hasta que me convenzo por mí mismo. Voy a serle claro; suelo hablar sin tapujos. Pienso que hay laboratorios farmacéuticos, verdaderos emporios multinacionales que fabrican medicamentos necesarios para la Humanidad.

—Eso está bien, siga.

Savage vio como su interlocutor se arrellanaba plácidamente en su butaca giratoria de alto respaldo, tapizada con fina piel, y prosiguió:

—Hay otras multinacionales farmacéuticas que fabrican medicamentos inocuos, que no curan nada, pero, bien promocionados y con alardes publicitarios, se venden estupendamente. Además, el sistema capitalista se preocupa de fomentar, a través de todos los medios de comunicación, las aprensiones al medio, a las enfermedades. Si a uno le repiten machaconamente cada día que se va a morir de un infarto, de un cáncer o que se va a quedar hecho un cuatro con el reuma o la gota, se lo llega a creer y va a su médico o directamente a la farmacia a comprar el medicamento que se le anuncia como panacea y que maldita la falta que le hace.

—Pero, el médico...

—A muchos médicos, lo que les interesa de su paciente es lo que pueda ingresar en su cuenta particular.

—Es usted muy duro con la clase médica.

—Siempre hay excepciones, pero la mafia blanca es algo que siempre me ha preocupado. Muchísimos médicos terminan recetando a sus enfermos, exactamente lo que éstos les piden o lo que los laboratorios como ustedes les aconsejan que receten; claro que hay que procurar que el médico no se sienta herido en su orgullo profesional y hay que pedirle o sugerirle las cosas con humildad. Entonces, muchos médicos se sienten patriarcales y recetan lo que se les indica. Menos mal que siempre hay las excepciones gloriosas de los que luchan por el paciente en contra de la enfermedad, y por una

medicina social, y no hacen como esos otros que se promocionan a sí mismos social y económicamente y que en el mundo occidental, desgraciadamente, son muchos.

—Sus palabras son peligrosas, señor Savage. Supongo que no las publicará; podrían traerle complicaciones.

—Mis opiniones, expuestas así, en una charla, no tienen ningún peso; sin embargo, cuando tengo pruebas de algo fraudulento, entonces sí publico lo que sea, sin pensar en consecuencias que, a lo máximo que llegan, es a amenazas o al pago de pistoleros a sueldo para que me liquiden.

—¿Como la falsa *geisha* que se hizo el *harakiri?*

—Sí.

—Entonces, ¿admite que lo persiguen a muerte?

—Desde hace años. Hay muchos que no han podido digerir el que les haya dejado frente al mundo el trasero descubierto y oliendo mal; pero es algo con lo que hay que contar y no darle excesiva importancia. Vivir pensando constantemente que uno se va a morir sólo conduce a la neurosis progresiva o es el placer de los masoquistas puros o de aquellos que sólo piden la preocupación de los demás porque no saben en qué forma llamar la atención para no quedar en el olvido de todos.

—Es usted muy profundo, tendría que escribir un libro sobre sus teorías.

—No son nuevas, todo está dicho ya, sólo hay que servirlo de distintas maneras para que la gente lo digiera y asimile.

—Bueno, ya le he dedicado demasiado tiempo. Quiero entender que usted sospecha que nuestros laboratorios cometen algún fraude.

—Yo todavía no acuso de nada a los laboratorios NBB, pero el doctor Hubert Schneider, la misma noche en que murió, quería confesarme algo muy importante y estoy decidido a llegar al fondo del asunto. Luego, que salga lo que sea. Celebraría por los laboratorios NBB que no ocurriera nada desagradable, pero si descubro algo, no me detendré hasta denunciarlo públicamente.

—Su desafío, señor Savage, no nos asusta en absoluto, tanto es así que le permitimos investigar en la empresa. Lógicamente, en los archivos secretos no podrá meter sus narices porque son secretos industriales que la competencia quisiera arrebatarnos, pero en lo demás puede usted investigar. Fabricamos fármacos de una forma aséptica y con los márgenes comerciales justos. Nuestro éxito se basa en fabricar mucho para mitigar los dolores de la Humanidad y, lógicamente, si se vende mucho, hay beneficios aunque los márgenes sean mínimos.

—No me tome por estúpido, señor Loshen. Sé que últimamente han tenido huelgas en varios países por pago de salarios muy bajos;

también han tenido tropiezos por apoyar a regímenes de dictaduras, o despóticos que luego, lógicamente y a cambio de ese apoyo, ofrecen protección a todos los niveles. Sé que han hecho expediciones en malas condiciones y han sufrido algún que otro tropiezo más.

—Habladurías, tenemos las cuentas bien. Los laboratorios NBB son una empresa multinacional muy poderosa que no tiene miedo a nadie ni a nada.

—Entonces, ¿me da su permiso para investigar?

Taga Loshen sonrió, mientras aplastaba la colilla de su cigarrillo en el cenicero; hacía ya algunos minutos que estaba apagado.

—Si no se lo diera, es usted de los hombres que se lo tomarían por su cuenta, de modo que le voy a entregar un pase personal con el que podrá circular por las empresas NBB con toda tranquilidad. Como verá, ya no puedo darle más facilidades.

—Gracias, señor Loshen, eso simplificará las cosas y espero que no tenga que arrepentirse de este ofrecimiento. Cuando termine el reportaje, antes de lanzarlo a la opinión pública, volveré a verle.

—Se lo agradeceré. A lo mejor hace usted una promoción muy interesante de los laboratorios farmacéuticos NBB.

Moses Pacific Savage, comprendiendo toda la carga de ironía y cinismo de Taga

Loshen, se levantó de la butaca, Taga Loshen hizo lo propio, añadiendo como despedida:

—Deje su dirección a mi secretaria y ya le enviaremos un guía que le ayudará en lo que pida. ¡Ah, se me olvidaba...! Es un asunto un poco delicado...

—Usted dirá, señor Loshen.

—Verá, el doctor Schneider no era feliz en su matrimonio; digamos que tenía algunos extravíos extraconyugales. Es posible que este asunto le hiciera tomar alguna posición desgraciada y no haría ningún bien a la figura del fallecido doctor que sacara usted, a los medios de información, la existencia de su amiguita.

—No tema. Cuando yo hago un reportaje no es para las *revistas del corazón;* no busco problemas de adulterios. Eso pertenece a la vida íntima de cada cual, aunque si se narra una historia, lógicamente, se explica todo lo que importa de hombres como el doctor Hubert Schneider. Es lo relacionado con su profesión, su trabajo, lo que sí revierte a millones y millones de seres humanos y a mí me dio la impresión de que el doctor estaba profundamente avergonzado, claro que él, al parecer, aún tenía un resto de conciencia. En cambio, para muchas empresas multinacionales, la conciencia sólo es un concepto puesto en los diccionarios... Buenos días, señor Loshen, ha sido un placer, pero hubiera preferido encontrarme con el señor Noah Barcley Barcley; a lo mejor no ofrecía una imagen con tanta seguridad como la



que usted muestra.

CAPÍTULO IV

—Atención, atención, *Día* llamando, *Día* llamando...

Mientras rodaba a bordo del “Triumph Stage” de ocho cilindros en *V,* con una soberbia carrocería de Micchelotti, que medía 4,42 metros, Moses P. Savage efectuaba la llamada a través del pequeño emisor-receptor que poseía.

—Atención, atención, aquí *Noche* respondiendo a *Día.* Aquí *Noche* respondiendo a *Día,* cambio.

—*Día* pregunta a *Noche* si la *Mantis* ha recibido contacto, cambio.

—*Noche* responde a *Día* que *Mantis* no ha recibido contacto, todo tranquilo; cambio.

—*Día* da las gracias a *Noche.* Levanta el vuelo y sigue plan, cambio.

—*Noche* captando mensaje. Suerte y fuera.

Sin dejar de circular, Savage cortó la comunicación con su compañero Juanito Chancleta, el joven puertorriqueño de apenas un metro y medio de estatura y cincuenta kilos escasos de peso, lo que no era óbice para que fuera un excelente *budoka,* experto en varias de las Artes Marciales, especialmente en el *Bo-Jutsu* y *Tae-Kwon Do.*

Con la colaboración de sus amigos Juanito Chancleta y el japonés Ricky, campeón de *Sumo* y del boxeo tailandés, además de las otras artes que conocía bien, respaldadas por sus dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso, Savage, podía entrar más a fondo en sus reportajes.

En ocasiones, también colaboraba con él alguno de los discípulos que salían de Liberty

Garden para reintegrarse al mundo y ayudar a que la sociedad fuera un poco mejor.

A los que ya llegaban a una elevada categoría, cinturones negros en varias especialidades de las Artes Marciales Orientales, aparte de haber conseguido un completo autodominio, un *Do,* es decir, el camino de la vida en su más alto sentido espiritual, Savage les ofrecía la oportunidad de demostrar lo que valían, lo que habían asimilado de las enseñanzas que impartían los *senseis* del maravilloso Liberty Garden.

Savage procuraba que colaborasen con él, siempre que fuera posible. Era la forma más práctica de aprender a enfrentarse a

hombres, sociedades o doctrinas políticas que querían aplastar a otros seres humanos, considerándolos como ganado al que había que exprimir en su propio beneficio.

Luchar contra la injusticia y la corrupción en todo el mundo, no era tarea fácil, Savage lo sabía y así se explicaba en Liberty Garden. Muchos de los hombres que luchaban contra la injusticia eran, incluso, acusados de bandidos y delincuentes a poco que se descuidaran, por eso había que luchar con las manos desnudas, dando la cara y apartándose de cualquier terrorismo.

Había que extender la mano y apuntar con el índice, denunciando, para que luego fueran las respectivas justicias de cada pueblo o nación las que actuaran.

Savage tuvo un recuerdo para los *budokas* que, en su labor de esclarecer y denunciar la injusticia habían caído, sacrificando sus vidas. Sabía bien que habría más y más muertes, pero si vertiéndose la sangre de un *budoka* o la suya propia se evitaba una pequeña guerra local, la intoxicación de muchas gentes con productos dañinos, una trata de blancas o el avance del mundo de las drogas, se debería dar por bien derramada la sangre de los *budokas* de Liberty Garden que tenían como símbolo (al igual que los históricos *samurais*) la flor del cerezo, aunque la flor propia de Savage fuera la del pensamiento.

Se introdujo en el área residencial donde estaban los *cottages* que si no eran extraordinariamente grandes, sí resultaban bonitos y confortables, rodeados de pequeños jardines en su mayor parte atendidos por jardineros profesionales, pues sus propietarios, al parecer, no sabían cómo cuidar las plantas o carecían de tiempo para hacerlo y deleitarse con la suave fragancia de una rosa o un jazmín.

Se detuvo frente al *cottage* señalado con el número setenta y siete. Quitó las llaves del contacto del auto y saltó por encima de la puerta del jardín, una puerta baja que, a lo sumo, impedía el paso de perros enanos, porque si el perro era un afgano o un pastor, fuera alsaciano, del Pirineo o escocés, saltaría perfectamente como acababa de hacer Savage.

Se acercó a la puerta de la casa teniendo la certeza de ser observado a través de unas cortinas.

Llamó al pulsador y sonó un timbre musical. Aguardó paciente, sin prisas. La puerta tardaba en abrirse y en vez de insistir llamando, fue hasta una de las flores y la olió. Era una rosa grande, llena de esplendor y de un delicado color violeta claro.

—¿Ha llamado usted?

Al volverse, Savage vio en el marco de la puerta a una joven de largos cabellos platinados. Vestía una bata de seda amarilla que le llegaba hasta los pies.

—Tienes unas rosas de un color precioso y muy perfumadas.

—¿Le gustan? Son españolas y su nombre es *Mística.*

—¿Tienes un búcaro delgado, dentro?

—¿Un búcaro delgado? Sí, claro.

—¿Puedo cortar esa rosa? Es un pequeño sacrilegio hacerlo, pero si la corto, el capullo que ahora se abre en otra rama lo hará con más fuerza y esplendor, mientras que esta rosa añadirá un poco de belleza al interior de tu *cottage.*

La joven quedó admirada y parpadeó, un tanto incrédula, viendo a aquel hombre tan viril y atractivo preocupándose de una flor.

—Por supuesto que no me importa que corte esa rosa y si quiere hacer ramo, puede cortar más flores. Pago a un jardinero excelente que mis libras me cuesta y no puedo quejarme de las flores que planta en mi jardín.

—Un jardín pequeño pero suficiente y muy hermoso. Se nota que tu jardinero ama las

plantas, pero para adornar un rincón, basta con una rosa, con una sola flor. En ocasiones, mezclar según qué flores, colores y perfumes, sólo es exponente de ignorancia y ausencia de sensibilidad, casi un sacrilegio.

—Vaya, me ha dejado de zafia...

—No era ésa mi intención.

Savage cortó la rosa con sus propios dedos, dejando un largo tallo. Con ella en la mano y ante la sorpresa de la muchacha rubia, se introdujo en la casa.

—¿Dónde está el búcaro?

—¡Eh, no tan aprisa!

La joven buscó un bucarito que resultó de plata labrada y fue hacia el grifo de la cocina para llenarlo de agua. Antes de que lo hiciera, Savage le preguntó:

—¿Bebes agua mineral?

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo he preguntado.

—Pues sí.

—Entonces, si tú bebes agua seleccionada, dale a la flor que embellece tu casa un poco de esa agua.

—¡Caramba!, ¿con las mujeres también eres así de delicado?

—A esa pregunta será mejor que respondas tú misma, cuando sea oportuno — respondió significativamente.

La rosa *Mística* no tardó en quedar sobre una consola. La luz que se filtraba por la ventana coincidía en sus pétalos, realzando su extraño color lila.

—Muy bien, eres un tipo muy fino. ¿Quieres un cigarrillo? Yo fumo *negro.*

—Yo no fumo nada.

—¿Miedo al cáncer?

—Miedo a nada, simplemente no fumo.

—Oye, vas a conseguir que me sienta una muñeca idiota, un subproducto del consumismo occidental y no tengo ganas de "sentirme ridícula ahora que se está acentuando mi jaqueca matinal.

—¿Jaqueca?

—Sí. ¿Es algo raro tener jaqueca? Mira, me voy a tomar un analgésico.

—Espera.

—¿A qué?

—A que te ponga las manos encima.

—Vas muy rápido, ¿no crees? ¿De veras te llamas Savage?

—Es lo que dice mi pasaporte. Espera y no temas.

—Bueno, esperaré —aceptó, entre escéptica y desafiante.

El hombre se situó frente a ella y le cogió el cuello por debajo de la mandíbula con ambas manos, con los pulgares hacia sí mismo. Con las yemas de sus dedos, buscó la base cervical de la joven que forzando una sonrisa preguntó:

—No irás a romperme la cabeza, ¿verdad?

—Relájate; deja que tus brazos caigan a lo largo de tu cuerpo. Ella estiró los brazos.

—Ya está —dijo.

—No está. Tus manos miran hacia el suelo, pero tus brazos están cargados de tensión. Relájate bien... Tus brazos no pesan, tus piernas son ligeras, tu estómago está vacío y un efluvio, como de savia nueva, sube por las plantas de tus pies, pasa por tu cuerpo e inunda tus ojos que se cierran... Suaviza tu rostro, no pienses, no pienses. Estás flotando sobre una nube, no pesas. No hace frío ni calor, no te duele nada, eres libre, nada te oprime. Tú quieres estar tranquila, sin nerviosismo ni dolor de cabeza y para conseguirlo no hacen falta

pastillas, no hace falta más que desearlo... Ahora, irás al sofá, te acostarás y dormirás unos minutos. Cuando despiertes, te sentirás feliz, muy feliz.

La soltó, Diana, con los ojos cerrados, fue hacia el sofá. Se acostó, adoptando la posición fetal y así se quedó, profundamente dormida, respirando armoniosamente.

Cuando despertó, se dio cuenta de que se sentía intensamente feliz, nada perturbaba su mente, no comprendía lo que ocurría.

Sentía sus ojos llenos de luz y lo primero que vio fueron los pétalos de la rosa lila. Se acercó a ella y bajó su naricilla para olfatearla. El perfume la inundó agradablemente, sorprendiéndola; con anterioridad no había sabido buscar aquel aroma y deleitarse con él.

Con el torso desnudo, mostrando su vello negro y abundante, su fornida musculatura,

sus anchas espaldas, descubrió a Moses Pacific Savage que estaba en trance de meditación en postura *razen.* Tenía los párpados cerrados.

Diana se rascó el cuello con un movimiento reflejo, se acercó a Savage y preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—¿Y tú, Diana?

—¿Yo? Pues, muy bien —respondió, arrodillándose frente al hombre—. ¿Por qué no me miras?

—Porque es posible que tu belleza me deslumbre, ahora.

—Eso es ser galante. ¿De verdad crees que soy hermosa?

—Temo descubrir en ti una gran fealdad, Diana.

—¿Una gran fealdad? —se rió ella.

—Sí, de conciencia.

—¿Eres un puritano y te parecen prostitutas todas las chicas que hacen el amor sin estar casadas?

—No he dicho tal cosa. Cada sociedad tiene sus sistemas; no quito ni pongo ni tengo la verdad en mi mano. Si tú te sientes feliz haciendo el amor con quien amas o simplemente te gusta, es un asunto que te concierne a ti y no a los demás. Haz aquello que te haga sentir feliz siempre que no hagas daño a nadie, por pequeño que sea, y huye de la felicidad que puedas alcanzar a través de cualquier artificio.

—¿Me estás soltando un sermón?

—Sólo te estoy dando un pequeño consejo, aunque te parezca un pedante.

Abrió los párpados y miró los ojos zarcos de Diana con sus pupilas de un verde esmeralda brillante, repletas de vitalidad, de honestidad, sencillez y amor en el más puro sentido humano.

—Tengo miedo de ver una conciencia fea. Vender el cuerpo para

conseguir objetos o situaciones materiales es aborrecible, detestable; pero la fealdad de quien traiciona a otro que está confiado, es una fealdad mucho más grave y horrible.

—Savage, tú me has pedido una entrevista para hablar del doctor Hubert Schneider. No sé cómo te has enterado de que me visitaba, ni me importa; yo no quería recibirte, tú has insistido con esa voz tan varonil y agradable que tienes y has resultado muy convincente. Yo he cedido, pero no voy a tolerar ninguna acusación. ¿Comprendido?

—No he venido a acusarte, sino a hacerte unas preguntas.

—Pues responderé, si me apetece. Oye, ¿no te cansas de estar sentado de esa manera?

¿No te duelen las rodillas o los pies?

—No, pero si tú hicieras lo mismo podrían dolerte. Acostumbrarse cuesta tiempo y ahora tranquilízate, o te volverá a doler la cabeza. Tú no te has dado cuenta, pero seguro que te has relajado profundamente, tanto como cuando uno despierta tras haber sufrido el día anterior una gran cefalea.

—Es cierto, ahora me doy cuenta... Me has hipnotizado, ¿verdad?

—No, no ha sido hipnotismo puro, simplemente una ligera sugestión para relajarte y quitarte el dolor de cabeza sin recurrir a pastillas.

—Ahora que lo dices, es verdad, no me duele nada, me siento muy bien. —Se tocó el cuello y la cabeza—. Podrías montar un consultorio, seguro que tendrías una larga cola de mujeres de la *high life* británica y con lo guapo que eres, te iban a forrar de billetes. Seguro que tenías un exitazo; muchas mujeres, para curar sus histerismos, sólo necesitan un tipo como tú; lo malo es que todas te iban a pedir que te acostaras con ellas y no sé hasta qué punto ibas a resistir. Algunas son ninfómanas en potencia, lo que sucede es que lo llevan en estado latente y no se dan cuenta.

—Si has terminado de hablar, me podrás decir quién asesinó al doctor Hubert

Schneider cuando salió de tu casa.

Diana palideció bruscamente.

—De la muerte del doctor Schneider sé lo que todo el mundo, que se estrelló con su coche contra un árbol.

—¿Te había hablado de mí?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque estoy seguro de que la muerte le sorprendió cuando acudía a la cita que él tenía conmigo.

—No sé nada.

—Mientes. ¿Por miedo o por interés?

—Te pasas de listo, Savage. Te crees superior a todos, ¿verdad? Pareces un hombre físicamente perfecto y encima, conoces todas esas técnicas orientales para impresionar; yoga y meditación...

—Lo que has hecho es no contestar a mi pregunta, Diana.

Se levantó moviendo sus brazos y piernas armónicamente, como un gran felino desperezándose. Diana, que quería demostrarle que estaba molesta, no lo conseguía del todo. Estaba con la cabeza limpia de dolores y tensiones, se sentía feliz y sus ojos no podían dejar de valorar y admirar al hombre que tenía delante.

No pudo evitar alargar su mano, blanca, muy blanca, como todo su cuerpo, y acariciar los músculos de Savage, siguiéndoles suavemente con las puntas de sus dedos.

—Sí, tú te crees perfecto y lo malo es que lo eres. Eres un macho dominante y eso no se puede remediar. —Suspiró y habló en tono más bajo, como confesándose, mientras le daba algunos besos por las mandíbulas y los brazos—, Hubert tenía problemas en su matrimonio, muchos problemas. No se entendía con su esposa en absoluto y como hombre todavía estaba muy entero y además no tenía ningún interés por el celibato.

—¿Te amaba?

—Sí.

—¿Te había propuesto matrimonio?

—No, él me llamaba su muñeca. Decía que había tenido varias antes que yo, pero ninguna le había complacido tanto. Me amaba, sí, y yo también a él, aunque te parezca imposible.

—No me parece imposible. Una mujer joven puede enamorarse de un hombre maduro si él es inteligente culto y caballeroso.

—Hubert era todo eso. Bueno, enamorada, enamorada del todo... en fin, pero algo sí que había y le era fiel, puedo jurarlo, claro que si te hubieras presentado tú por aquí, no sé que hubiera sido de mí. Me embriagas, Savage.

—Anda, deja de ronronear. No he venido a acostarme contigo; lo que no quiere decir que, en otro momento, no lo haga. Eres muy linda, pero ahora no voy a utilizar la triquiñuela de hacerme pasar por tu enamorado para ir tirando de tu mimosa lengua.

—Estás horriblemente seguro de ti mismo —se quejó.

—Es importante que siempre seamos totalmente dueños de nosotros mismos, de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo y no nos dejemos arrastrar por nada ni nadie a algo que no deseemos hacer. Tú, Diana, me estabas hablando del doctor...

—Pues Hubert, aunque fuera muy inteligente, no estaba muy dueño de sí mismo. Me amaba y por eso era desgraciado.

—Si te amaba, ¿por qué no pedía el divorcio?

—Supongo que por cuestión de prestigio.

—No lo creo, hay hombres importantes que se han divorciado y vuelto a casar, ésa es la excusa de los débiles.

—Pues, quizá era débil como tú dices.

—¿Sabes una cosa, Diana?

—Si no me la dices...

—Opino que la muerte del doctor Schneider no tiene nada que ver con su vida sentimental. Supongo que es cierto que no se trataba con su esposa y que te adoraba a ti, lo cual no es extraño porque eres adorable sino muestras una fealdad de espíritu.

—Te iba a dar las gracias, pero como te empeñas en insinuar que tengo la conciencia corrompida...

—Diana, si has cometido una traición o algo grave, aún estás a tiempo de rectificar, de salvarte a ti misma y no vivir toda tu vida avergonzada, cargando con un peso del que podrías liberarte ahora.

Diana se apartó de él, moviéndose ligera sobre sus pequeños pies, como no escuchando lo que el hombre le decía.

—Ya me has dicho que no fumas, pero ¿bebes whisky o también eres abstemio?

—No total. Me gusta un trago de whisky con hielo, pero sólo uno. Aunque no te lo creas, también sé saborear algunos placeres, pero con justeza y mesura.

—¿Cómo cortar una sola flor y olería hasta llenarse de su perfume?

—Exacto.

Mientras Diana preparaba los dos whiskys, Savage se acercó a la ventana para mirar hacia el exterior y siguió hablando.

—El doctor Schneider tenía un gran peso sobre su conciencia y quería descargarla, pero no le dieron tiempo. Sin embargo, creo que ha muerto en paz consigo mismo porque su decisión ya estaba tomada aunque no le dejaran llevarla a feliz término.

—¿Y la policía está investigando?

—No lo sé, creo que no. Sólo un profesional muy experto pudo paralizarle el corazón como si se hubiera dado un fuerte golpe con el volante, sólo que el doctor era muy metódico y no llevaba el cinturón de seguridad puesto. Es extraño, ¿no crees?

—No sabía nada. Vi la fotografía en la prensa de cómo había quedado su coche y debió de ser un golpe terrible.

—Sí, un choque al final de una pendiente... Esta clase de choques son sospechosos, sería distinto en un lugar llano. Soltar un coche pendiente abajo es fácil y también lo es dejar ante el volante a un hombre recién muerto. Confundir el crimen con un accidente de circulación también es muy fácil... Yo me tomé la molestia de revisar el coche siniestrado.

—¿Y qué has descubierto?

—Que el cinturón de seguridad era empleado con regularidad, se notaban los roces. Ya te he dicho que el doctor debía ser un hombre muy metódico como buen científico y, además, germánico que era.

—Germánico, sí; él me había contado que había nacido en Austria, pero de ello hacía muchos años. No quería acordarse de que había emigrado a América durante la guerra y luego había pasado a Inglaterra. Por lo visto, se encontraba a gusto en los laboratorios de investigación de la NBB, pero yo no sabía nada de eso, bueno, sabía que estaba en la NBB, nada más.

—¿Pretendes que me lo crea?

—¿Y por qué no?

—Un hombre de su Categoría, director de los laboratorios de investigación de una multinacional tan importante, es vigilado constantemente por los servicios de seguridad de la empresa y hasta de la competencia, y me atrevería a decir que por la CIA y la KGB, aunque sea someramente. Taga Loshen tenía que saber muy bien quién eres tú, Diana.

—¿Taga Loshen?

Diana no pudo evitar palidecer. Su rostro adquirió un tono blanco mate; ella era muy blanca, tal como deseaba el científico asesinado, pero ahora su tez mostraba un blanco preocupante.

—Sería estúpido que me mintieras, Diana; sólo te harías daño a ti misma.

—No sé de qué me hablas.

—¿Te sentirás bien siendo cómplice de un asesinato que puede ser sólo el principio de algo horrible, de algo tan sucio que causará el horror de la opinión pública cuando sea denunciado?

CAPÍTULO V

Moses P. Savage subió al “Triumph Stag” ocho cilindros. Puso la primera marcha, pues prefería las marchas manuales que las automáticas, y arrancó con los 2.897 centímetros cúbicos de cilindrada que tenía aquella bella máquina rodante.

Estaba seguro de que los ojos zarcos de Diana le habían seguido a través del cristal de la ventana. Abandonó el área residencial y después tomó una calle ascendente, subiendo hacia lo alto de la colina.

Allí, junto a un muro y bajo la copa de un árbol, había un poderoso automóvil detenido. Era el “Daymio”, aquel coche hecho pieza a pieza, con mimo y amor, por los residentes en Liberty Garden, verdadera universidad de la vida. Allí no sólo se aprendía a ser un experto *budoka,* cinturón negro en varias Artes; no sólo se meditaba y se fortalecía el espíritu, no sólo se aprendía a amar al prójimo más que a uno mismo, a vivir en comunidad de creencias, religiones, políticas y sexos; no sólo se aprendía a amar la Tierra y todo cuanto ella encerraba, sino que también se labraba la tierra, se hacían trabajos manuales, labores artesanas y se estudiaba, es decir, se formaban verdaderos y completos ciudadanos del mundo.

El gran automóvil “Daymio”, único en el mundo, no había salido de ninguna cadena de montaje, sino que había sido pensado, diseñado y construido pieza a pieza. Ofrecía un aspecto majestuoso y, a la vez, poderoso, con sus tres ejes, sus seis ruedas con tracción independiente y suspensión también independiente, con siete litros de cilindrada que le hacían capaz de subir escaleras o remolcar camiones si era preciso.

Aquel coche no necesitaba una pista asfáltica para rodar; podía ir por lugares donde otros automóviles se quedarían atascados, ya que poseía un extraordinario sistema de suspensión hidroneumática que, en casos necesarios, elevaba la carrocería más de medio metro del suelo, convirtiéndole en algo más que un *jeep,* en una especie de tractor oruga.

Ricky se hallaba sentado en su butacón situado en la parte posterior del “Daymio”. Aquel butacón giratorio le permitía salir por la doble portezuela trasera, ya que el coche tenía el aspecto de una *ranchera.*

El gigante japonés jugaba a los naipes como solía hacer, pero al oír el motor del “Triumph Stag”, miró al recién llegado y sonrió.

Ricky, el japonés de dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso, sonreía casi constantemente.

Juanito Chancleta estaba al volante del “Daymio”, atento a algo. Sacó su mano por la ventanilla y saludó al recién llegado.

Savage se apeó del “Triumph” y desde allí arriba, lanzó una ojeada al área residencial que se extendía a sus pies, por la ladera de la colina. Todos los *cottages,* muy coquetones, estaban rodeados de pequeños y cuidados jardines.

Se acercó al poderoso “Daymio” y preguntó.

—¿Ha llamado?

—Sí. Siguiendo el plan *V,* estamos atentos.

—¿Cuánto hace que ha llamado?

—Nada más salir tú del *cottage.*

—¿Ha terminado?

—Ahora mismo —respondió el puertorriqueño.

Savage subió al “Daymio”. Saludó a Ricky que acomodado en el butacón giratorio, se hallaba frente a los asientos centrales, pues el vehículo tenía los asientos delanteros, los del medio, anchos y cómodos, y el butacón posterior para el pesado y voluminoso Ricky.

Sobre los asientos del medio había una tabla abatible que los convertía en una especie de mesa en la que Ricky, en ocasiones como aquélla, desplegaba sus naipes de póquer y jugaba solitarios que sólo él entendía, pues era inaudita su gran capacidad matemática.

En competición con calculadoras electrónicas de su propio país, las había vencido en muchas ocasiones. Por ello, los que por su eterna sonrisa o por su tartamudez, su dificultad con los idiomas, tomaban a Ricky por una especie de retrasado mental, se equivocaban de medio a medio.

Su coeficiente de inteligencia estaba al mismo nivel que los genios, sólo que le faltaba astucia y era muy franco.

Juanito Chancleta pulsó el rebobinado de una *cassette* conectada al sistema de radio transmisor que poseía el “Daymio". Se encendió un piloto verde, pulsó otra tecla y comenzó a escucharse la grabación efectuada desde lo alto de la colina y captada por aquel radiorreceptor con potente antena.

Se escuchó el ruido inequívoco de un disco de teléfono siendo girado de tal forma que

Ricky fue tomando datos. Después, se oyó una voz de hombre que M. P. Savage reconoció de inmediato.

—¿Diga?

—Señor Loshen, soy Diana.

—¡Estúpida! ¿No te he dicho que no me llames, no te he repetido que no debes pronunciar nunca mi nombre, que tú no sabes de mí, que no me conoces?

—Sí, sí, pero...

—¿Pero qué?

—Ha estado aquí Savage.

—Lo sé.

—Es peligroso.

—Lo sé.

—¡Tengo miedo!

—Se te nota.

Era evidente que Taga Loshen estaba muy molesto por aquella llamada efectuada por la joven y bella Diana, la amante del doctor Schneider.

—Parece saber que han asesinado al doctor y eso no es cierto, ¿verdad? Diga que no es cierto.

—Tú ya has cumplido tu parte del asunto. No te muevas de tu *cottage* y si viene alguien a verte, recíbele con toda naturalidad.

—Es que ese Savage es muy especial, nunca he visto a ningún hombre como él. Me siento pequeña, como desnuda ante sus ojos.

—No digas tonterías.

—Es cierto, es cierto y me ha hipnotizado.

—¿Cómo? —exclamó Taga Loshen, con sincera sorpresa.

—Sí, no sé cómo ha sido. Yo creía que eso sólo eran trucos en los escenarios, pero no, no ha sido así. Tenía jaqueca y cuando me he despertado en el sofá, había dormido y ya no me dolía la cabeza. No sé qué hacer.

—Yo te diré lo que tienes que hacer: No moverte del *cottage* y no vuelvas a llamarme y si aparece Savage, no abras la puerta, ¿comprendido?

—Sí, sí, comprendido, pero tengo miedo.

—¿De qué?

—No sé, intuyo algo malo. Usted me dijo que se preocuparían de Hubert, pero él ha muerto y Savage dice que lo han asesinado. No es cierto, ¿verdad?

—Se estrelló con su coche. ¿No lo has leído en los periódicos?

—Sí, pero...

Vaciló. Era evidente que tampoco ella se creía lo del accidente y parecía querer pedir algo. Taga Loshen, más astuto, lo intuyó y dijo:

—Mira, mañana te llevaré una cantidad de dinero suficiente para que te vayas a dar una vuelta por el mundo; siempre me has dicho que eso te gustaría. Ya sabes que siempre te he pagado bien, confía en mí. Después te buscaré un empleo en el país que tú elijas. Tenemos factorías por todo el mundo y estarás como una reina donde desees.

¿Comprendido?

—Sí, sí, comprendido. Esperaré.

—Eso está bien. Tranquila, que no sucede nada.

—Pero, ¿qué es lo que quería confesar Hubert?

—Anda, deja de hacer preguntas sobre cosas que no entenderías. Los científicos siempre andan preocupados por problemas morales que los que no somos científicos no comprendemos. —Y colgó sin esperar más.

—Ha sido una grabación magnífica —opinó el puertorriqueño—. Has debido colocar muy bien el *chinche.*

—Sí, he metido el pequeño emisor dentro del propio teléfono, estaba seguro de que llamaría. Ahora ya no hay lugar a dudas.

—¿Qué, qué hace... hace... hacemos? —inquirió Ricky.

—Yo tengo que hacer unas investigaciones —dijo Savage—. Me llevaré la cámara del reloj. Vosotros, si la chica vuelve a llamar, grabadla y escuchad bien lo que os digo...

Comenzó a explicarles lo que deseaba que hicieran mientras tomaba un reloj de pulsera que era una micro-máquina de fotografiar camuflada y se lo colocó en la muñeca. El rollo de película era muy pequeño, pero de gran sensibilidad.

También quitó la *cassette* con la grabación de la llamada telefónica de Diana y se la guardó; ya era inútil que Taga Loshen se hiciera el ingenuo con él.

Mientras, por el ruido del disco al girar, Ricky había calculado cuál era el número telefónico marcado. Tras escribirlo en un papel, se lo entregó a Savage. Este le dio una ojeada y se lo guardó en el bolsillo.

CAPÍTULO VI

Diana se había pasado el día encerrada en el *cottage* y había tenido intención de telefonear, en varias ocasiones. Había deseado llamar a alguna agencia de viajes hacia el extranjero o hablar con amigas. Ella no tenía familia a quien recurrir en una situación de apuro como aquélla.

En realidad, deseaba llamar por teléfono sin tener que marcar ningún número y que por el auricular surgiera alguna voz que pudiera ayudarla y confortarla. Se sentía como una niña desamparada.

El teléfono había permanecido mudo y terminó por sentir hambre. La policía no había aparecido por su *cottage* como temiera, tampoco ningún otro periodista aparte del propio Savage. Al parecer, se había mantenido muy oculto el romance del fallecido científico; hasta era posible que los laboratorios NBB hubieran repartidos algunos sobres a periodistas escogidos, para que se olvidaran de la vida privada y amorosa del profesor, de modo que en periódicos y revistas sólo se hablara de su obra científica.

El caso era que Diana no había sido molestada.

Abrió el frigorífico, sacó tres sandwiches ya preparados y les quitó el plástico del envoltorio. Fue al horno y los metió dentro tras encenderlo. Cuando la cocina comenzó a oler agradablemente, se preparó un vaso de leche. Sacó los emparedados y, conectando el *cassette* musical, comenzó a comer en soledad.

Aquella improvisada cena la hizo sentirse mucho mejor. Por otra parte, no sentía el más mínimo dolor de cabeza ni de cuerpo, estaba muy ligera y al notar que se sentía bien, se acordó de Savage y se preguntó: “¿Por qué le tengo miedo?”.

En realidad, sabía que Savage no le haría ningún daño. El no era policía, sólo un *free-lance,* un hombre que preparaba reportajes y que una vez compuestos y haciéndose responsable, los vendía a los medios de información pública, fueran cadenas de televisión, radio, empresas periodísticas o agencias internacionales de noticias.

Sí, aquélla era la labor de Moses P. Savage, sólo que escogía temas de denuncia. Metía el dedo en la llaga, de tal forma, que hacía retorcerse a los denunciados y entonces, la opinión pública mundial se enteraba de cosas que en muchas ocasiones ni siquiera había sospechado que pudieran ocurrir.

Se fijó en la rosa lila, aquella rosa nacida de un rosal que, según

el jardinero, había sido comprado a un rosicultor español de la región catalana. La flor era muy bella.

De súbito, sintió la imperiosa necesidad de hacer su maleta.

Se había hecho de noche, pero Taga Loshen le había dicho que esperase al día siguiente, que le enviaría dinero y unos pasajes para que diera la vuelta al mundo.

Era algo que siempre le había hecho ilusión, pero ahora no miraba ese viaje como un placer a su alcance, sino como una huida vital, una huida que la llevaría lejos de Londres pero que no podría alejarla de sí misma, pues comenzaba a darse cuenta de que era una traidora y estaba complicada en un feo asunto que podía traerle muchos problemas.

Fue a la alcoba, sacó su maleta y comenzó a meter cosas dentro. No había prisa, faltaban muchas horas para el amanecer. La noche se le iba a hacer eterna.

De pronto, sonó el timbre musical del *cottage.*

La llamada no fue nerviosa, insistente ni apremiante, pero Diana quedó tan tensa como la cuerda de un arco a punto de ser disparado. Se volvió hacia la puerta. No podía dar la impresión de que no estaba en el *cottage;* había luces encendidas y éstas se podían ver a través de las ventanas, los cortinajes las transparentaban.

Se aproximó a la puerta y miró al exterior por la mirilla de gran angular. Reconoció aquel rostro, no era la primera vez que lo veía. Era uno de los hombres que manejaba

Taga Loshen. Puso la cadenita de seguridad y abrió la puerta, para preguntar:

—¿Qué quieres?

—Vengo de parte de quién tú sabes.

—¿Para qué?

—No seas tonta y abre la puerta antes de que me vean aquí fuera; te traigo algo que estás esperando.

Diana, pensando que Taga Loshen había adelantado el envío, quitó la cadenita de seguridad, una cadenita cromada y bastante resistente. Abrió la puerta, pero no entró solo el hombre que había visto, sino otros dos más.

— ¡Eh!, ¿qué es esto?

Dos de aquellos sujetos, hombres que no pertenecían a la plantilla de los laboratorios NBB pero que eran manejados por la plata de Taga Loshen, cogieron a Diana, uno por cada brazo, y la llevaron hasta una butaca, manteniéndola sujeta allí.

—¡Soltadme! ¿Qué hacéis?

El tipo que llevaba la voz cantante y que había llamado, cerró la puerta con llave. Puso la cadenita y bajó las persianas de aluminio, aislándose del exterior. Se calzó unos guantes negros y sonrió.

—¡Traemos un encargo de Loshen!

—Me ha dicho que me traería dinero... —balbució la chica.

—Sí, claro, las muñecas como tú siempre andan pidiendo dinero.

Diana comprendió que su situación era más que comprometida. Inició un grito, pero le pusieron un pañuelo sobre la boca. Quiso escapar, y las manos de aquellos tipos aumentaron su presión, parecían de acero, y ella sólo era una débil muchacha, una bella pero frágil muñeca como decía Hubert cada vez que la contemplaba en su blancura natural, tendida en la cama, libre de ropas y dispuesta a dar amor.

—Te has puesto muy triste, Diana, muy triste. Es algo que suele ocurrir, no eres la primera. Muchas chicas, después de perder a su amante y una situación privilegiada, entran en una depresión peligrosa, muy peligrosa.

Sacó un frasco de su bolsillo, lo mostró y dijo:

—Toman estos somníferos potentes y en gran cantidad; una pena, porque cuando despiertan los que los toman lo hacen en el infierno.

Diana había comprendido, pero demasiado tarde. Taga Loshen enviaba a aquellos asesinos para desembarazarse de ella y que dejara de ser un problema. La había utilizado para vigilar a Hubert Schneider, pero éste había muerto y ella ya no era imprescindible; no sólo eso, si no que ya era un estorbo que podía resultar peligroso.

Cornery fue hasta la pequeña cocina. Cogió un vaso de cristal con sus manos enguantadas y puso en él una porción de agua. Tomó una cucharilla y la introdujo en el mismo. Se acercó a la mesita de centro y allí depositó el vaso mientras destapaba el frasco de medicamentos.

—¿Cuántas sueles tomar para dormirte, pequeña; una, dos, acaso tres...? Claro que ahora el sueño ha de ser tan profundo que ya no volverás a despertar.

Vació el contenido de pastillas dentro del vaso ante los ojos espantados de aquella joven repleta de vida. A Diana nunca le había asustado tanto la muerte como en aquellos momentos que la veía tan próxima.

—No sentirás ningún dolor. Es posible que sueñes algo, pero nada más, será como dormirse. Puedes estar contenta, no vas a aparecer muerta a consecuencia de un desagradable atropello de circulación donde quedarías horrible y ensangrentada.

Siguió agitando la cucharilla y los comprimidos se fueron deshaciendo. El agua adquirió un color amarillo-verdoso y semejó espesarse.

—Esto parece que ya está listo. Serás una buena niña y te lo tomarás; si no lo haces, tendremos que prepararte una forma más

desagradable de morir, como por ejemplo, colgarte con cuidado del cuello de una lámpara y puedes tardar una media hora en dejar de bailar. Te aseguro que ésa sí es una muerte desagradable. Si me dieran a elegir a mí, preferiría beberme el somnífero, es más delicado, de modo que ahora te destaparán la boca y te tomarás el contenido del vaso. Te advierto que si se cae, lo sentiré por ti. De todas formas, cuando te encuentre la policía, parecerá un suicidio.

Le soltaron la boca. Diana quiso gritar, pero no le salía ni un hilo de voz. Miraba, obsesionada, el vaso que contenía el somnífero que en aquella dosis brutal era mortal de necesidad.

—Vamos, vamos, no es tan desagradable dormirse. Muchas chicas como tú, que no encuentran la felicidad, lo hacen voluntariamente.

Le acercó el vaso a los labios, metiéndole el borde de cristal entre ambos. Diana se echaba hacia atrás, pero el respaldo de la butaca ya no cedía más.

—No, no, se lo suplico, no diré nada, nada… —se quejó, con un lamento de desesperada súplica pero sin gritos, con impotencia.

—No temas, yo puedo ayudarte tapándote esa linda naricilla con mis dedos.

Cornery acercó su mano enguantada a la nariz de Diana y se la oprimió entre el índice y el pulgar, obturándole los orificios para obligarla a abrir la boca y poder verter, así, el somnífero en su garganta.

Los labios femeninos comenzaron a entreabrirse en busca de aire. No podía aguantar más, cuando, de pronto…

Algo semejó desgarrarse en la casa. Fue un ruido corto que les sobresaltó a todos, luego un estampido… La puerta del *cottage* fue arrancada de cuajo. Había saltado la cerradura, la cadenita de seguridad y hasta las bisagras. En realidad, había saltado, incluso, la madera del marco y la puerta cayó plana hacia delante, produciendo un estampido al chocar contra el suelo violentamente.

Por encima de la hoja de madera apareció la figura del gigantesco Ricky. Parecía sonreír, pero fiarse de su sonrisa, en aquellos instantes, era un suicidio.

Cornery y los otros dos lo miraron estupefactos. No esperaban ser sorprendidos en su trabajo y menos de aquella forma; la aparición del japonés les dejó tan atónitos como a su propia víctima.

—¿Qué vienes a buscar? —preguntó, estúpidamente, Cornery, no sabiendo qué decir.

—¡¡¡Kiaiiiii!!!

Ricky se abalanzó hacia ellos, como un *bulldozer,* a cien por hora, Cornery se apartó y el contenido del vaso se volcó.

Los puños de Ricky cazaron las cabezas de los dos tipos que

sujetaban a Diana, Cornery trató de sacar su pistola del interior de su chaqueta y la empuñó, pero antes de que consiguiera dispararla, una mano pequeña, algo oscura de piel, le aplicó un *shuto-uchi* en la muñeca que le causó un dolor tan profundo e intenso que semejó que los huesos se le hacían añicos.

El arma cayó sobre la moqueta. Volvió la mirada y junto a sí vio al pequeño puertorriqueño.

—¡Maldito! —rugió Cornery.

Quiso golpear con el puño; inútil. Juanito Chancleta que no en vano era un *budoka* entrenado en Liberty Garden, giró sobre sí mismo tomando por eje su pie derecho.

El puño de Cornery pasó por delante de él sin siquiera rozarle, al tiempo que la zurda de Juanito le aplicaba un *uraken* entre las cejas. El dorso del puño del puertorriqueño, resultó contundente con el golpe de *karate,* porque Cornery cayó hacia delante cuan largo era para no levantarse.

Mientras tanto, Ricky, el gigante japonés, en una singular presa de *Sumo,* pues la había emprendido con dos tipos a la vez, agarró a cada uno por sus respectivos brazos con sus enormes manos. Comenzó a girar sobre sí mismo adquiriendo velocidad, haciendo de molinete.

Diana, todavía sentada en la butaca, espantada, sin dar crédito a sus ojos, pudo ver cómo Ricky, cuando lo creyó oportuno y hubo adquirido suficiente velocidad, soltó sus manos.

Los dos sicarios salieron volando, el uno en dirección opuesta al otro por acción de la fuerza centrífuga provocada por Ricky.

Uno de los tipos fue a meterse entre la puerta de la cocina, quedando encajado contra el frigorífico que crujió, antes de abrirse y vomitar todo lo que contenía al tiempo que el motor se ponía en marcha.

El otro fue a dar contra la ventana que estaba cerrada, no sólo con cristales sino con la persiana de aluminio. Crujieron los cristales y cedió la persiana, adquiriendo, en parte, la forma del cuerpo humano. Aquel sujeto desapareció por el jardín, quedando entre los pinchos de un rosal.

—¡Vamos, Diana!

—¿Quiénes son ustedes?

—Yo, yo, yo soy Rick —se autopresentó el japonés.

—Y yo, Juanito Chancleta. Somos amigos de Savage, nos ha pedido que vigiláramos por si se veía en problemas, y como estos tipos tardaban en reaparecer, hemos optado por entrar; lo malo es que Ricky, en ocasiones como ésta, no se acuerda de llamar a la puerta.

Diana estaba aturdida, confundida, pero decidió seguir a quienes le habían salvado la vida. Ahora ya sabía qué clase de viaje deseaba pagarle Taga Loshen.

Poco después, cuando Cornery comenzó a reptar por la moqueta con la más terrible jaqueca que había sentido jamás, el poderoso "Daymio" se ponía en marcha, alejándose del área residencial.

CAPÍTULO VII

Savage se había duchado y, luego, practicado media hora de relajación con técnica *yoga.* Se había vestido con ropa limpia y se sentía como nuevo al bajar a la cafetería del hotel donde se alojaba.

El hotel era moderno, limpio, funcional y amplio. Moses P. Savage no buscaba hoteles de gran lujo ni recargados, salvo que se le hiciera imprescindible para algún reportaje que estuviera realizando, pues cada uno de sus trabajos eran en sí mismo una investigación a fondo y muy peligrosa.

No se trataba de hacerle fotografías a una estrella de cine, preguntarle lo clásico de si ganaba mucho dinero y cuántos contratos tenía para conseguir haciendo películas. Aquel tipo de reportajes ya los hacían otros que sólo pretendían vivir adulando y chantajeando a costa de las ilusiones de millones y millones de mujeres que preferían soñar, en vez de vivir sus propias vidas intensamente.

—Le aguarda una señorita en la mesa veintisiete, señor Savage —le advirtieron en conserjería.

Fue hacia la mesa; allí, leyendo un libro, efectivamente había una mujer.

—Buenas noches, miss Eveline.

Ella apartó sus pupilas del libro y le miró seria como siempre, altiva y cortante.

—¡Hola!

—No sé si felicitar a Taga Loshen o pensar que es idiota al enviarla a usted para ser mi guía.

—¿Acaso usted esperaba que viniera la despampanante Olimpia para poderse acostar con ella?

—Taga Loshen no es tan tonto. Se ha dado cuenta de que un cebo tan ligero no es bueno para que yo me trague un anzuelo. Por otra parte, quién sabe si viéndola a usted desnuda me animo. A lo mejor es más bonita de lo que usted misma supone. Si se quita toda esas prendas que la oprimen y desfiguran y se olvida de que ya está algo madurita, es posible que pueda agradar, y mucho.

—¿Cómo se atreve? —se puso en pie delante de la mesa y de Savage, como si hubieran disparado un muelle bajo sus nalgas apretadas.

—Vamos, siéntese, no querrá que llame por teléfono a Taga Loshen y le diga que usted se ha negado a ser mi guía, ¿verdad?

Supongo que en los laboratorios NBB percibe un envidiable salario, máxime en el puesto de responsabilidad que ocupa.

—No me puedo quejar.

—Pienso que Taga Loshen es de esa clase de ejecutivos que son despóticos y cuando se sienten contrariados despiden sin más ni más, sin preocuparse de dar explicaciones.

Miss Eveline se sentó, resoplando.

—Es usted un chantajista.

—Celebro que haya venido usted, miss Eveline, así podremos charlar un poco por el camino, porque me va a acompañar ahora a los laboratorios de investigación de la firma.

—¿Ahora? Es de noche y la factoría está cerrada.

—Eso no es obstáculo. Usted tiene un pase con su nombre y el mío, ¿me equivoco?

—No.

—Y en el pase no se indica que la visita haya de efectuarla de día o de noche.

—Es verdad.

—Pues, andando, así nos molestarán menos. No necesito que los laboratorios estén llenos de científicos con batas blancas pinchando a indefensos conejitos para inocularles el cáncer o lo que haga falta.

—Pero, yo no sé si...

Savage la cogió del brazo y la levantó de la silla.

—Usted está ahora bajo mis órdenes, Taga Loshen ya se lo ha dicho. El me ha asegurado que los laboratorios NBB no tienen absolutamente nada que ocultar, pues, adelante.

Se acercó un camarero y Savage dijo:

—Cargue lo de la mesa a mi cuenta.

—Sí, señor Savage.

Salieron del hotel y montaron en el “Triumph Stag". El motor de ocho cilindros en *V* roncó al ponerse en marcha y alejarse, iluminando con sus faros el asfalto charolado por una suave llovizna.

—Estoy seguro, miss Eveline, de que podría ser usted, incluso, simpática, si se lo propusiera.

—Le agradecería que dejáramos los temas personales, al margen. Usted me indicará por dónde desea ir y yo le conduciré.

—¿De veras ningún hombre le ha pedido que se desnude?

—No sea usted pesado, sólo piensa en lo mismo —protestó la mujer, dejándose llevar, viendo las luces de las farolas y de otros automóviles que luego quedaban tras ellos.

—¿No será que quien piensa siempre en lo mismo es usted, al rechazarlo sistemáticamente?

Miss Eveline apretó los labios y decidió no responder a aquella clase de preguntas.

M. P. Savage condujo con su habitual maestría. Circulaba rápido pero evitando toda situación de peligro y respetando todas las señales de tráfico con sencillez, sin brusquedad ni nerviosismos propios de jóvenes inexpertos y provocativos con la cabeza hueca.

—Me he informado bien de dónde se hallaban los laboratorios de investigación. Los laboratorios NBB tienen muchas propiedades, factorías por aquí, edificios por allá; será difícil controlarlo todo, desde el edificio central de la compañía.

—Tenemos computadoras que alivian el trabajo —respondió ella, despegando los labios.

—Lo supongo. Controlar factorías desperdigadas por todo el mundo ha de resultar tan complicado que los cerebros electrónicos se hacen indispensables. Ha de ser fabuloso los millones y millones de píldoras que la NBB fabricará cada día o ampolletas de inyectables.

—La NBB es una gran empresa, lo que llaman una multinacional. Es indestructible, nos compran hasta los países del otro lado del Telón de Acero.

—¿Y qué les venden; somníferos para que no se molesten o estimulantes para que procreen? Esto último sería mejor que no lo vendieran en China.

—No se haga el gracioso.

Resultaba ciertamente difícil entablar un diálogo con miss Eveline, tan cortante siempre. Parecía haber levantado un muro entre ella y el resto de los mortales o haberse aislado dentro de una campana de cristal; sin embargo, Savage no estaba dispuesto a darse por vencido. Estaba seguro de que en el interior de aquella mujer quedaba algún resto de humanidad y terminaría por sacarlo a la superficie, pese a ella misma.

Saliéndose de la carretera de Manchester, a unas treinta millas del gran Londres,

Savage se desvió a la izquierda. Minutos más tarde se hallaba frente a una verja metálica en la que un rótulo advertía:

“PELIGRO, ZONA ELECTRIFICADA. PROHIBIDO
EL PASO AL PERSONAL AJENO A LA EMPRESA”.

Tras leer el letrero, Savage opinó:

—No parece que sean muy amigables.

—Ahí dentro hay muchos secretos industriales de fabricación; hay que protegerse de los espías industriales.

Iluminando la verja de lleno con los faros, Savage tocó el claxon varias veces. No tardaron en acercarse tres o cuatro perros vigilantes que comenzaron a ladrar, como enloquecidos, al otro lado de la verja, Al fin, apareció un guardián.

—¿Qué buscan aquí? Esto es una empresa privada.

—Será mejor que baje yo —dijo miss Eveline. Saliendo del coche, abrió su bolso y sacó unas tarjetas que pasó al vigilante a través de una ventanilla.

—Disculpe, señorita, pero tenemos órdenes muy estrictas. Métanse en el coche y sigan las flechas luminosas; no salgan de ellas hasta llegar al área de recepción. Si lo hicieran, podrían tener problemas con los perros.

La verja se abrió automáticamente. Los perros siguieron ladrando, pero se apartaron. El vigilante debió realizar algunas conexiones eléctricas porque en el asfalto del camino interior aparecieron unas flechas luminosas que les marcaban la dirección a seguir, al tiempo que se iluminaba el porche de recepción.

—Parece que lo tienen todo previsto —observó Savage.

—En la NBB, todo está previsto —sentenció miss Eveline.

Se apearon del "Triumph Stag" y pasaron al porche. Las puertas se abrieron de forma automática y otro vigilante, ya advertido, les estaba esperando.

Sacó dos placas de plástico con algunos filamentos magnéticos y proporcionó a miss Eveline un plano de las instalaciones. Ambos se colgaron las placas en el pecho para no tener problemas desagradables y la mujer dijo:

—¿Ve como todo está previsto? Ahora, dígame, ¿qué desea visitar?

—Los laboratorios de investigación donde trabajaba el doctor Schneider.

—El doctor Schneider trabajaba en toda la planta —indicó el guardián—, pero su despacho está en el área *A e* investigaba en los laboratorios C.

—Pues, adelante —pidió Savage.

Siguiendo el plano para no perderse por el interior de las instalaciones y seguidos a pocos pasos por el vigilante, que no les perdía de vista por si precisaban algo, o bien para que no se metieran en ningún lugar peligroso, arribaron al despacho del doctor Schneider.

El despacho era sencillo, amplio y muy funcional con una mesa escritorio bastante grande y dos pequeñas, accesorias, una máquina de escribir y un microscopio y poca cosa más.

Había unos archivos metálicos y un gran mapa mundial a color, con señales en el mismo, hechas a mano. Savage se situó frente al mapa y movió su reloj de forma que pudo fotografiarlo sin que miss Eveline se diera cuenta. Después se acercó al archivador, pero la secretaria le contuvo.

—Eso no, los archivos son secretos de la empresa, e intocables.

—Si no los miro, no sabré en qué trabajaba el doctor Schneider.

—Eso, a mí no me importa, pero los archivos no se pueden

tocar.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó.

El vigilante pareció más tranquilo al ver que Savage aceptaba las prohibiciones que le imponía la secretaria de dirección.

—Pasemos al laboratorio —invitó miss Eveline.

El laboratorio de investigación estaba iluminado. Había muchas mesas de mosaico blanco mate con una serie inacabable de tubos de ensayo, mecheros Bunsen, matraces, microscopios, aparatos de medición e infinidad de frascos con etiquetas escritas con rotulador y en las que había fórmulas prácticamente indescriptibles.

En los laterales aparecían multitud de jaulas con conejos, cobayos, ratones, gallináceas y cabritos. Al final había otra serie de jaulas, con simios, El laboratorio era muy grande y tenía a dos científicos cuidándolo permanentemente para mantener las constantes en muchos de aquellos animalitos sometidos a experimentación.

—¿Qué le parece, Savage, entiende algo de esto?

—No, no entiendo nada, lo confieso. Todo es muy complicado y hay que vivir aquí dentro, rodeado de todos estos chismes, para comprender lo que se investiga.

—Aquí se investiga para beneficiar a la Humanidad, curar enfermedades, disminuir dolencias —dijo uno de los científicos, acercándoseles.

El vigilante les había puesto sobreaviso de que estaban de visita con el beneplácito, nada más y nada menos, que de Taga Loshen, la mano derecha de Noah Barcley Barcley.

Con disimulo, Savage hizo algunas fotografías del laboratorio, mientras decía:

—Me gustaría saber cuál era el trabajo que llevaba a cabo el doctor Schneider en este laboratorio.

Uno de los científicos que hacían turno de noche para que no se estropeara la tarea que sus colegas realizaban durante el día, puntualizó:

—El doctor Schneider llevaba la dirección de todo.

Savage pasó su mirada de uno a otro. Se diferenciaban porque uno de ellos llevaba una perilla que alargaba su rostro, de pómulos acusados.

—Pagaría lo que fuera por averiguar qué era lo que más le interesaba al doctor Schneider —dijo—. Por cierto, miss Eveline, ¿cómo ha sabido que me hospedaba en el hotel Benson?

—¿Que cómo lo he sabido? —se asombró la mujer—. Pues, porque me lo han dicho en la oficina.

—¡Ah, sí, claro! Bueno, creo que es inútil que vea aquí más cosas. La verdad, no me gustaría observar de cerca a esos pequeños animales que llevan inoculadas enfermedades terribles para que se

desarrollen en sus cuerpecitos indefensos y que están dispuestos para ser ejecutados y luego diseccionados, órgano a órgano.

—Es inevitable y esa forma de trabajar salva luego muchas vidas humanas —puntualizó uno de los científicos—. De otra forma, no podríamos experimentar sobre seres vivos.

—Sí, sí, lo comprendo, pero no me gusta.

—Es usted muy sensible —comentó, irónico, uno de los científicos.

—Tan sensible como para preocuparme, incluso de la vida de una hormiga, claro que he venido aquí para interesarme por los trabajos más inquietantes del fallecido doctor y no me he enterado de nada.

—Es lógico que no entienda nada —rezongó miss Eveline—. Todo esto es muy científico y ellos se entienden con fórmulas complicadísimas.

—Entonces, se terminó la visita. Caballeros, encantado de conocerles; si alguien desea alguna vez algo de un hombre llamado Moses Pacific Savage, búsquenme, les atenderé muy cordialmente.

Salieron de la factoría. Los vigilantes quedaron tranquilos, la visita se había desarrollado sin incidentes.

—Como ya es muy entrada la noche, la llevaré a su casa.

—Como quiera, vivo en Chelsea.

Savage observó de reojo a miss Eveline. Por una parte, parecía tranquila por haber concluido la visita a los laboratorios de investigación de la NBB, pero seguía tensa como la cuerda de un arco a punto de ser disparado por un practicante de *Kyudo*.

Detuvo, al fin, el “Triumph Stag” frente al edificio de apartamentos donde vivía la secretaria y como su sueldo era elevado, el lugar resultaba elegante y a simple vista se advertía que debía ser caro.

Se apeó del auto y la siguió hasta la puerta de la escalera. Ella no dijo nada. Sacó un llavín y franqueó la puerta de cristal cuando Savage alzó su diestra y aplicó sus dedos en la zona alta de la espalda femenina.

Al principio, al notar el contacto de los dedos del hombre, miss Eveline dio un respingo; luego, no hizo nada. Era como si no se diese cuenta de que los dedos de Savage la estaban relajando. Abrió al fin la puerta, lo que hizo muy despacio y Savage pasó al interior del vestíbulo. Ella se lo quedó mirando y preguntó:

—¿Adónde va?

—He decidido aceptar la copa que va a ofrecerme.

—¿La copa? Bueno, pero sólo una.

—Sólo una, yo no tomo más.

Subieron en el ascensor. La mujer evitaba mirarle, estaba muy

nerviosa. Toda la seguridad que siempre demostraba se estaba desmoronando. Era la primera vez que dejaba que un hombre, ya de madrugada, entrara en su apartamento.

—¡Hum, tienes buen gusto! —opinó Savage, ya tuteándola, al ver el piso.

—Cuando se tiene dinero se pueden comprar cosas bonitas.

—Sí, se pueden comprar, pero no siempre son cosas bonitas. Hay mucho palurdo por ahí que prefiere colgar chorizos por las paredes.

—Voy a prepararte la copa.

Miss Eveline pasó a su pequeña cocina. Allí, se apresuró a buscar un espejo de mano para verse la cara y retocarse un poco el peinado. Permaneció unos segundos contemplando su rostro; era una mujer madura pero todavía hermosa, especialmente si sonreía; pero ella no solía sonreír, salvo para lanzar alguna ironía.

Metió el espejo en un cajón y buscó unos vasos altos y una botella de whisky que tenía escondida porque no solía beber a solas en su apartamento, un lugar tan privado que no invitaba a nadie al mismo.

Sacó unos cubitos de hielo del congelador y preparó el whisky *on the rocks* lo mejor que supo. Comenzó a azorarse un tanto, no estaba tan segura de sí misma como deseaba. Se reprochó comportarse tan estúpidamente como si fuera una colegiala. Ahora no estaba en su despacho de dirección de los laboratorios NBB, detrás de su sólida mesa, con el dictáfono al alcance de la mano para dar órdenes; allí, en su propio apartamento, no era ni más ni menos que una mujer.

Al pasar al *living-room,* se encontró más desconcertada todavía.

M. P. Savage estaba sobre la mesita de centro, que era cuadrada, con patas de madera y superficie de mármol rosa. Permanecía en la postura *sirshasana* de las técnicas *Yoga,* es decir, se hallaba con las piernas verticales, los pies hacia arriba cubiertos sólo con calcetines y tenía la cabeza abajo, sujetando la nuca con sus manos y los brazos doblados por todo apoyo.

Savage, a excepción de los calcetines y los pantalones, no llevaba nada más. Se había desnudado el torso en el que destacaba el vello oscuro y algo rizado y una férrea musculatura sin grasa,

—Pero ¿qué hace? —exclamó miss Eveline.

—Limpiaba mi cerebro. Así, la sangre circula mejor por la sesera; es muy bueno hacerlo.

—Pero, pero, ahora estoy aquí, en mi apartamento.

—Vamos, vamos, —le dijo, sin abrir los párpados—. Rompe tus ataduras, tus convencionalismos. Sé tú misma, una persona, una mujer, no un robot femenino irónico y mordaz.

—¿Cómo, cómo te atreves? —balbució, enrojeciendo—. No debí permitir que subieras.

—Que no se te caiga mi whisky. No soy bebedor, pero uno no me hará daño. Por cierto, ¿por qué no me cuentas tu vida?

—¿Mi vida? Ni que fueras un psiquiatra —protestó malhumorada, sin saber qué hacer con sus manos, ocupadas con los vasos.

—A lo mejor te hubiera ido bien visitar a uno, en determinado momento de tu vida.

—Yo no he ido nunca al psiquiatra, soy muy equilibrada y no lo necesito.

—Demasiado equilibrada. Tendrías que descender de tu torre de marfil desde la que miras al resto del mundo con una superioridad aplastante. Parece como si tú sola fueras un ser humano y los demás, simples animalitos.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero tu actitud, sí. Eres implacable, hasta con las otras mujeres. Cuando hablan de sus amores, de sus pasiones, de sus encuentros con hombres, las debes mirar con pena porque tú te consideras al margen de todo eso.

—Son estupideces, deseos de revolcarse en el sexo por el sexo —silabeó nerviosa, sacudiendo los vasos y haciendo tintinear los cubitos de hielo contra el cristal.

—Eso quiere decir que no eres virgen —dijo Savage, sin despegar los párpados que ocultaban sus brillantes ojos verdes.

—¿Có… có… cómo?

Miss Eveline se había puesto muy pálida y agradeció que los ojos del hombre no la miraran porque se sentía terriblemente turbada.

—¿Cuándo y cómo ocurrió? Verás como si me cuentas ese secreto que nunca has querido revelar, te sientes mucho mejor. Hay cosas en la vida que es difícil soportarlas uno solo; ése es el verdadero éxito de los psiquiatras.

Miss Eveline se llevó uno de los vasos a los labios y bebió un trago de licor, para darse fuerzas. Luego, su voz salió más grave, como si tuviera que hacer un esfuerzo para modular las palabras.

—Fue, fue… Bueno, yo era joven. Me invitó mi chico, bueno, él decía que nos casaríamos… Fui a un guateque, yo era muy ingenua, leía muchas poesías y creía, creía que el amor era otra cosa.

Se sentó en una butaca. Comenzaba a sentirse mal y bebió otro largo trago de whisky. Savage continuaba inmóvil en su postura de *sirshasana* sobre el mármol de la mesita y con los ojos cerrados, como un adorno más de la estancia, aunque su cuerpo repleto de vitalidad irradiaba calor humano y comprensión.

—Me dieron refrescos con vodka, un vodka que no se notaba y yo no estaba acostumbrada a beber. La verdad es que bailando y bebiendo, me emborracharon. Desperté bajo el sol de Hyde Park, sobre la hierba. Era domingo, todavía recuerdo que oía voces de alguien que pregonaba libertad. Sí, me encontré allí y ya no quise saber nunca más de aquel chico.

—¿Cuántos fueron?

—¿Qué, qué preguntas?

—Que cuántos te violaron.

Miss Eveline tragó saliva y volvió a beber hasta consumir el contenido de un vaso.

—Creo, creo que cuatro, fue horrible. Bueno, no lo sé seguro, era como una pesadilla... No quiero recordarlo, no quiero, no quiero. —Y estalló en un violento sollozo.

Notó la mano de Savage acariciando su cabello, su nuca, su espalda. Agradeció aquel contacto que la tranquilizaba, obligándola a cerrar sus ojos anegados en llanto.

—Ellos fueron unos cerdos, Eveline, unos cerdos que se aprovecharon de una muchachita ingenua que no estaba enamorada de un chico, sino del mismo amor; pero hiciste mal en no reaccionar, en no pedir ayuda y refugiarte exclusivamente en ti misma, creando esa barrera a tu alrededor y destilando sólo sarcasmos. Tienes derecho a ser feliz, puedes ser feliz, pero debes ser más humana. Has de romper ese muro y amar la vida. Amar no es malo, todo lo contrario. Amar con verdadero amor hacia un semejante y de una forma racional y natural, es sano, libera nuestro espíritu y nos ayuda a amar más y mejor la propia vida. También hay que comprender al prójimo y no exigirle sino ofrecerle. Hay quien ama hoy a una flor y mañana o pasado o al siguiente año, a otra flor, eso no se puede evitar. Todos no servimos para entregarnos a una sola persona durante toda la vida, aunque quien lo hace merece mis máximos respetos porque es la forma más elevada de entregarse al ser amado. Pero, si un día un ser humano se deleita con una flor, sin retorcimientos, con sincera entrega, no es malo como creen algunos sino bueno.

—No entiendo natía. Yo, yo no sé de amor, Savage. ¿Por qué tú, que tanto hablas de cosas puras y nobles, de amor al prójimo, no me ayudas a comprenderlo? ¿Por qué? — preguntó, sin mirarlo.

—Yo te puedo ayudar si te convences a ti misma de que no me vas a exigir continuidad ni nada y sí vas a ofrecer. Por contra, te puedes encontrar con que te han ofrecido a ti.

—Como tú digas, Savage.

El cogió una mano de la mujer y la alzó para colocarla sobre su torso desnudo. Ella notó el vello viril con las yemas de sus dedos y sintió como si pasara electricidad por ellas. No pudo apartar su mano porque Savage la sujetaba con firmeza y entonces, comenzó a notar que los botones de su vestido saltaban suavemente y la cremallera cedía.

Se levantó lentamente y cuando abrió los ojos, se encontró con el rostro del hombre. Con labios trémulos esperó que la besara y no quedó defraudada.

CAPÍTULO VIII

Se había hecho de día, un día mortecino en el área de influencia del Támesis, donde todo aparecía verde y el agua del río discurría limpia antes de llegar al gran Londres, a la City.

Diana dormía profundamente en la habitación del pequeño y discreto hotelito.

—Tuvimos que darle un sedante, estaba muy nerviosa. Savage miró a Juanito Chancleta y asintió con la cabeza.

—Bien. Mímala, es una chica que se ha dejado seducir por el materialismo, se ha prostituido por él y tiene la mentira en su boca con la misma naturalidad que la verdad. Creo que habrá momentos en que ni ella misma sabe si miente o es sincera. Necesita ayuda. Cuídala y permanece atento por si os llamo.

—Ricky está en el "Daymio".

—Correcto. No sé cómo terminará todo esto, estoy lanzando anzuelos como cebo a ver si alguien pica. La lástima es que Schneider murió, sin tiempo de descargar su conciencia, pero supongo que en alguna parte tendría pruebas preparadas para apoyar el descargo de su conciencia. Si alguien se decidiera a tomar su relevo...

El puertorriqueño, preocupado, inquirió:

—¿Y no tienes ni idea de lo que quería confesar?

—Algo sucio, algo que le atormentaba y que estoy seguro que se refería a los laboratorios de Noah Barcley Barcley. Unos laboratorios farmacéuticos que hayan dejado la moral y la ética profesional y científica al margen, pueden hacer tantas cosas horribles que no se me ocurre.

—Si una empresa tan importante hace algo sucio, es que va a ganar mucho dinero en ello.

—Aciertas, Juanito, aciertas. Esas multinacionales se mueven por dinero. Cuando dan becas o ayudas, sólo lo hacen en función de publicidad a alto nivel. En fin, me voy; dadle confianza a la chica. Si los hombres de Taga Loshen la encuentran, la matarán. No es un testigo de cargo, pero lo que ella puede decir les haría daño, sin duda alguna. Decidle que si no quiere hablar, nadie la obliga.

—¿Y si quiere marcharse?

—Decidle que puede hacerlo, pero que preferís que se quede con vosotros hasta que este feo asunto se haya aclarado. De todos modos, que no se sienta prisionera. Me voy ahora, he tenido una noche algo agitada.

—¿Alguna pelea?

Savage sonrió antes de contestar, mientras se alejaba.

—Hay peleas de muchas clases, Juanito, de muchas clases.

Salió del hotelito a bordo del "Triumph Stag" y se dirigió al

centro de la City. Estacionó el coche en el *parking* reservado para los clientes del hotel Benson y fue a conserjería para pedir su llave.

—Señor Savage, hay una carta para usted.

—¿Una carta?

—Sí, en realidad no la ha traído el correo. El botones la ha encontrado en el suelo cerca de la puerta de entrada y ha supuesto que la había perdido usted distraídamente; la ha recogido y aquí está.

M. P. Savage tomó la carta, mirando el sobre escrito con bolígrafo y una letra de aspecto tipográfico e impersonal. Como se leía claramente su nombre, dijo:

—Sí, es mía, he debido perderla.

—Bien, señor, ¿quiere su llave?

—Sí, por favor.

—¿Le subimos el desayuno o prefiere tomarlo más tarde?

—No, súbanlo ahora, por favor, Añadan una ración doble de naranjada, otra de jamón de York y una taza triple de café, pero de corte italiano. ¿Comprendido?

—Sí, señor Savage, ya he tomado nota. Se le subirá el desayuno a la habitación, como desea.

Tomó la llave y subió a su cuarto. Una vez en él, rasgó el sobre que alguien debía haber arrojado por debajo de la puerta para no dar la cara y que nadie pudiera identificarle después.

“Me conformo con diez mil libras, por la confesión de Hubert Schneider.”

”Si le interesa, acuda al museo de madame Tussaud a las seis de la tarde de hoy. Lleve el dinero y venga solo, sin armas. Si hay algún peligro, no me encontrará. Un amigo.”

Al fin alguien había picado... Se guardó la carta. En principio estaba satisfecho, pero el que parecía dispuesto a vender exigía demasiado.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Era el camarero con la bandeja del desayuno.

—Déjelo en la mesa, por favor.

Entró en el baño. Tras una ducha fría y relajante, salió, enfundado en un batín, dispuesto a tomar el desayuno que su estómago y la vitalidad de sus músculos y de su cerebro reclamaban.

Pero Savage se encontró con una desagradable sorpresa. Mientras el chorro de agua de la ducha caía sobre su cabeza, no había podido oír nada y ahora, al otro lado de la bandeja de desayuno, tenía un inesperado y desagradable visitante

El hombre no era muy alto y se veía fuerte. Vestía un traje oscuro y rayado, un traje de ejecutivo londinense y un sombrero bombín perfecto, posiblemente adquirido en Lock & Co. de Belgravia.

Era un anglosajón de cabellos lacios y mirada helada. Su boca era prieta, de labios tan finos que semejaban un corte de navaja. En su bolsillo asomaban unos guantes de gamuza. Todo perfecto, a excepción de la pistola “Parabellum” 38 con silenciador acoplado que empuñaba en su mano izquierda, lo que indicaba que era zurdo.

—Si lo desea, puedo invitarle a un poco de mi desayuna. Como verá, es abundante.

—Es usted un tipo de mucho temple, Savage; ya me lo habían advertido.

—Bueno, ¿quiere desayunar o no? Yo voy a empezar —dijo, tomando asiento en una silla frente a la mesa. El abundante café humeaba.

—Sentiré tener que impedirle que tome su desayuno, Savage. La verdad, es un placer y un disgusto, a la vez, toparse con gente de su talla. No hacen las cosas difíciles, otros se ponen a gritar y uno se ve obligado a precipitarlo todo y eso siempre resulta molesto.

Verá, yo soy un profesional, no un sádico, y no me gusta que me supliquen, que se arrodillen, que sollocen, que se cojan a las cortinas desesperados o se ensucien los pantalones por el miedo que les coge cuando se ven sentenciados.

Savage tomó una tostada y con un cuchillo comenzó a untarla con mantequilla mientras se preparaba un poco de jamón.

—¿Tan peligroso cree Taga Loshen, que soy?

—Yo no he pronunciado ningún nombre.

—Bueno, ¿usted viene mandado por él o pertenece a alguna organización de asesinos a sueldo?

—¿De veras está tan tranquilo o disimula muy bien?

—Siéntese y tome algo, charlaremos.

—No sea estúpido, soy un profesional y sé lo que me hago, me pregunto por qué no he jalado del gatillo todavía.

—Quizá es que quiere preguntarme algo. Ve que no me he puesto histérico y debe pensar que responderé a lo que me pregunte.

—Es muy listo, Savage, muy listo. ¿Por qué quiere matarle ese Taga Loshen que usted dice?

—¿No se lo ha contado a usted? El que tiene miedo, es él.

—Yo ni siquiera sé quién es Taga Loshen.

—¿De veras?

—¿Trabaja usted para el Foreign Office?

—No.

—¿Seguro? A veces, a los asesinos a sueldo nos emplean para asuntos de política, ya sabe, espionaje, y esas cosas no me gustan. Los que se meten en política siempre terminan mal.

—Ya, prefiere asuntos matrimoniales, de herencia, o simples venganzas.

—¿Me ha tomado por una agencia de detectives, barata? —inquirió muy digno.

—Yo no lo he dicho, ha sido usted. Por cierto, ¿cómo se llama?

—No me creerá tan estúpido para decírselo.

—Usted mismo. Si me disculpa, voy desayunando, luego me falta tiempo; se pierde mucho rato con esa endiablada circulación.

Moses Pacific Savage continuó desayunando, embutido en el batín de toalla.

El sicario, que Savage ignoraba si trabajaba por libre o para alguna pequeña organización, dudaba, pero su pistola con silenciador no bailaba. Era un tipo que quería parecer un *gentleman* y eso costaba dinero, mucho dinero, por lo que si olfateaba alguna posibilidad de aumentar sus ganancias en un trabajo, se lo pensaba, como en aquellos momentos.

—Savage, me han ofrecido una sabrosa cantidad por dejarle aquí, con una bala entre ceja y ceja. No siempre se presenta la oportunidad de hacer un trabajo tan limpio y bien pagado. A mí me gusta más operar en los hoteles que en las casas particulares, pasa uno más desapercibido.

—¿Cuánto?

—Me han ofrecido dos mil, claro que, por cuatro, me voy y digo que yo no me meto en asuntos internacionales. He averiguado que usted tiene pasaporte norteamericano.

—Dos mil es mucho dinero; si le han ofrecido mil, ya es bastante.

—Está bien, por tres lo dejo. Es un buen precio por seguir viviendo. Yo, apretando el gatillo, no pierdo nada, me pagan y listos. La policía no va a encontrarme, no estoy fichado y trabajo con mucha limpieza.

—¿Sabe una cosa? El regateo me fastidia y los asesinos a sueldo me revientan y más si quieren estropearme el desayuno cuando tengo apetito.

Tras aquellas palabras que, prácticamente, significaban su sentencia de muerte a manos de aquel asesino a sueldo que ni siquiera sabía quién le había pagado por matar a Savage, éste se lanzó por debajo de la mesa sobre la que estaba la bandeja con el desayuno.

Las manos le sirvieron para agarrarse al borde de la mesa mientras lanzaba sus pies por debajo, al otro lado de la misma.

Alcanzó al sicario en pleno vientre, pues durante la charla, lo que había hecho Savage era infundirle confianza para que se le fuera acercando. El asesino pensaba que estaba lejos del alcance de Savage, pues no había imaginado que el *budoka* se escurriría por debajo de la mesa de forma tan fulminante, alcanzándole de lleno aunque no con demasiada contundencia, debido a las circunstancias.

Se escuchó un gruñido, más de rabia que de dolor, al tiempo que sonaba como un taponazo de champaña. La taza de café reventó haciéndose añicos y el café, con su crema marrón, se esparció por la bandeja de acero inoxidable que quedó perforada.

La bala se incrustó en el tablero de la mesa que, en aquel hotel, por tener muebles ya algo antiguos, eran muy duros y resistentes.

El asesino quiso disparar por segunda vez y lo consiguió.

El plomo pasó lamiendo la oreja de Savage; no en vano el asesino era profesional del crimen, como él mismo pregonaba,

Savage asió la diestra de aquel tipo con su zurda y haló con fuerza. El sicario dio un brinco a media altura, chocó contra la mesa y, entonces, se oyó un chasquido que le hizo proferir un gruñido de dolor.

El codo se le había partido, pero aún tenía la zurda armada con la "P-38" con silenciador y, desde su dolorosa posición, movió la pistola con rapidez para apuntar a Savage.

Volvió a disparar, pero Savage ya había saltado por encima de él. Se situó a su espalda

y le aplicó un *ate* por detrás del codo zurdo que resultó muy efectivo. Se escuchó otro crujido, si es que ello era posible, y el asesino se puso aún más blanco. Su codo izquierdo se había partido, también, y la pistola escapó de entre sus dedos.

—Bueno, amigo, se terminó el asunto. No siempre sale bien el trabajo; son gajes del oficio. En otra ocasión en que tengas por víctima a un *budoka,* pide tarifa doble o no te metas en el lío, será lo mejor.

Lo cogió por el cuello de la chaqueta y lo alzó en vilo mientras las manos del sicario caían lánguidas a lo largo de su cuerpo. Cada movimiento que hacía, por ligero que fuera, era acusado por su boca con muecas, testimonio de los dolores que sentía.

A Savage le dio la impresión de que iba soltando tacos e insultos, en general, pero, en voz tan baja, que no se le entendían. El desgraciado no quería llamar la atención.

—Bebería entregarte a la policía, pero supongo que te podría acusar de poco: Intento de homicidio frustrado... Quizá te colocarían dos o tres años de cárcel, pero a mí me causarían muchos problemas legales y yo no sé si mañana estaré en Inglaterra, en China, Japón o el Tíbet.

—¡No, no me mate!

—Sólo faltaría que ahora añadieras que eres un honesto padre de familia que ha de mantener a sus hijos... ¿Por qué no dejas de ser un sicario y te pones a trabajar?

—Lo que usted diga, lo que usted diga —tartajeó.

—Seas quien seas, has tenido suerte, hoy no quiero problemas. Me has estropeado el desayuno pero te llevas lo tuyo.

Lo llevó hacia la puerta, la abrió y lo empujó al corredor. El tipo del bombín con marbete de Lock & Co. tuvo tiempo de volverse, siempre con los brazos caídos, para decirle:

—Gra… gra… gracias, señor Savage. Y se alejó por el corredor.

Savage se asomó a la ventana y pudo verle subir a un taxi que le paró el portero, quien quedó extrañado al no recibir propina; pero aquel individuo no levantaba sus manos para nada y seguía pálido, mortalmente pálido.

El taxista inquirió:

—¿Adónde, señor?

El asesino, por toda respuesta, de puro dolor y miedo, vomitó dentro del auto.

—¡Maldita sea, otro borracho! —se lamentó el chófer mientras un *bobby* le pedía con la mano que circulara, que allí no podía permanecer tanto rato detenido.

CAPÍTULO IX

Moses P. Savage se introdujo en el museo de figuras de cera de madame Tussaud, ubicado en Baker Street.

El recinto estaba semivacío, no era época de turistas y tampoco un fin de semana en el que podían acudir los turistas *weekend* de Francia, España o Alemania,

M. P. Savage estaba atento; no llevaba nada en sus manos que podían ser mortales si era preciso, unas manos que golpeando con dureza y efectividad eran capaces de abrir una puerta cerrada.

Se fue adentrando en el museo. Hieráticas figuras de cera a derecha e izquierda, rostros de personajes históricos, personajes importantes. Savage había visitado en varias ocasiones museos de aquella índole; conocía el de Londres, también el Museo Grévin de París y el de figuras de cera de Barcelona, en España, y este último era une de los que más le habían complacido.

Se dirigía a la Sala del Horror cuando de un estrado, como si fuera una figura que, de pronto, cobrara vida, descendió un hombre que se le acercó. Miraba con recelo a un lado y a otro, era evidente que tenía miedo.

Savage le reconoció de inmediato, era uno de los dos científicos que se hallaban en el turno de noche en los laboratorios de investigación de la NBB. Era el científico de la perilla que alargaba su rostro algo macilento.

—¿Ha traído el dinero?

Aquel hombre iba al grano, no quería perder el tiempo, pero Savage no llevaba nada en sus manos y aquello ya le había dado mala espina.

—El precio es alto.

—Es baratísimo; la NBB me pagaría diez veces más si se lo vendiera a ellos.

—Entonces, ¿por qué no se lo vende a la NBB?

—Porque yo tampoco quiero participar en el sucio *affaire* de la NBB, lo mismo que

Hubert Schneider.

Savage echó a andar hacia la Sala del Horror. El científico, que no había dado su nombre, le siguió siempre a su altura, pero lanzando miradas hacia atrás con mucho recelo. Era obvio que temía de un instante a otro alguna aparición que le resultara funesta.

—¿Sabe que el doctor Schneider me brindaba la confesión gratis, sin pedir una sola libra?

—Yo no puedo permitirme ese lujo. El ya era rico, yo no. La verdad, Savage, no deseo beneficiarme, sólo poder tomar un avión y desaparecer de Inglaterra. No quiero participar en el *affaire* de la NBB, ya se lo he dicho, y tampoco quiero lucrarme denunciándola, pero sí quiero desaparecer y necesito dinero. Si se enteran de que les he traicionado, me matarán como al doctor Schneider.

—¿Tiene alguna prueba de que lo mataron?

—Ninguna, pero estoy seguro. Yo conocí muy bien al doctor Schneider, pasamos muchas y muchas noches investigando. El, con su idiosincrasia germánica, no abandonaba una investigación a poco que podía. Yo sabía mucho del doctor, lo mismo que Noah Barcley Barcley y el propio Taga Loshen. Ellos lo presionaban para que se doblegara a sus deseos.

—¿Y por qué se doblegaba?

—Porque Schneider no era austríaco como se ha venido diciendo y como rezan sus documentos falsificados. Era alemán y perteneció a las juventudes hitlerianas. Su padre estuvo en un campo de investigación nazi, ya sabe, donde utilizaban a judíos, polacos y rusos para estudiar lo que les parecía. Es algo que ya no tiene remedio y es preferible olvidarlo, y eso era lo que había tratado de hacer el doctor Schneider.

—De modo que el doctor Schneider tenía siempre sobre sí, como una espada de

Damocles, el temor de que airearan su pasado.

—Sí, por eso tampoco ayudó para que le hicieran favorito para la obtención del premio Nobel de Medicina. Tenía méritos suficientes para obtenerlo, pero sabía que un exceso de popularidad a ese nivel podía significar la gran caída. Alguien podía desempolvar su pasado, el caso es que cedió a los deseos de la multinacional farmacéutica.

—Hay muchos hombres cuyo punto débil es el miedo a que su pasado se descubra, pero ya no era eso lo que más inquietaba al doctor Schneider.

—Y bien, ¿me dará el dinero?

—Si lo que desea es protección y poder comenzar en otro país, le prometo ayuda. Tengo un avión particular.

—¿Una avioneta?

—Una “Piper-Jet”. Le llevaré adonde quiera, sin que puedan seguirle la pista. No manche su conciencia cobrando dinero por lo que el doctor Schneider, en una demostración de valor, iba a confesar gratis, tirando todo su prestigio por la borda.

Los hombros del científico fueron descendiendo, como si se hundieran poco a poco. Lo que le proponía no era lo que había

planeado, pero no tenía otra salida.

—Está bien, usted tiene razón. Sería un sucio si cobrara dinero.

Buscó un lugar donde sentarse; en tomo suyo sólo había asesinos y víctimas. Podía ver la guillotina y el cuadro no era reconfortante ni alegre.

—Hay muchos laboratorios en todo el mundo que estudian la gripe. Es un virus muy recalcitrante contra el que es difícil luchar.

—¿La gripe, dice?

—Sí, le parecerá estúpido, pero la gripe es el virus que mueve más dinero en el mundo, por eso se le estudia en profundidad, pero no es fácil encontrarle solución. Cada año, por su culpa, hay millares y millares de víctimas, gente que ya está delicada, ancianos, enfermos del corazón y las vías respiratorias, en fin, los que ya están tocados, sucumben. También se pierden cientos de millones de horas de trabajo que las finanzas de todos los países pagan muy caras. Luego, están los bolsillos particulares y seguridades sociales de todos los países. Se venden cantidades ingentes de medicamentos contra la gripe que producen unos grandes beneficios a determinados laboratorios farmacéuticos.

—No me diga que Schneider había descubierto una pastilla antigripal…

—Eso sería una suerte y no un sucio *affaire.*

—¿Entonces?

—El doctor consiguió manipular el virus de la gripe. No sé si sabrá que cada año y más cada lustro, la cepa del virus de la gripe se modifica y hace inservibles los antigripales, especialmente todas las vacunas fabricadas.

—Sí, estoy al corriente de que la cepa del virus de la gripe se modifica. Eso lo explican ustedes por televisión o en revistas; está al alcance de cualquier ama de casa saber que las vacunas contra la gripe, cuando pasan algunos años, ya no sirven.

—Exacto. Contra la gripe se lucha constantemente, pero es que el doctor Schneider había conseguido modificar las cepas del virus de la gripe adelantándose a las propias mutaciones naturales. Las computadoras dieron la razón al doctor Schneider en su cálculo de posibilidades. Consiguió aislar un virus de la gripe que tenía la cepa que, si nadie lo remedia, tendrá el virus de la gripe dentro de cuatro lustros, es decir, dentro de veinte años.

— ¿Y eso es rentable?

—Tres de las factorías NBB están fabricando a toda marcha una cantidad ingente de vacunas y antigripales contra esa cepa descubierta por mutación artificial por el doctor Schneider. Tres factorías, situadas en países de escaso desarrollo, donde nadie va a meter las narices, están preparando unos medicamentos, vacunas y antigripales, que se venderán por todo el mundo con un mil por cien de beneficio. El negocio será fabuloso; calculo que ganarán millones de libras esterlinas y si la NBB consigue este sucio negocio, saldrá de los apuros y del atasco en que se halla metida. Los libros no están muy claros y puede aparecer la quiebra de la empresa en cualquier momento, si no recibe una inyección de millones y millones de libras. Ese virus mutado de la gripe, que no es tan fantástico como muchos pudieran creer, les sacará del atolladero y volverán a nadar en millones.

—Poco a poco... Si ese virus va a aparecer dentro de veinte años y ya empiezan a fabricar ahora vacunas y antigripales, ¿no cree que se adelanten a los acontecimientos con mucho riesgo?

—No, porque todavía no le he dicho que el doctor Schneider en el laboratorio, en caldos de cultivo adecuados y en animales de experimentación, reprodujo el virus con la cepa mutada. Mire. —Sacó de su bolsillo un pequeño cilindro de acero tras asegurarse de que estaban solos en la sala.

— ¿Qué es?

—Dentro está conservado el virus de la gripe que ha de aparecer dentro de veinte años. Si entro en un cine, en el Metro, en cualquier lugar caliente donde hay mucha gente y lo destapo, ya habré dispersado este virus mutado de la gripe y comenzará la epidemia, ya que el contagio es rápido de unos ciudadanos a otros y nadie, salvo la NBB, tiene vacunas contra esa gripe, ni antigripales efectivos. ¿Se imagina cómo van a subir las ventas de la NBB siendo la única suministradora de medicamentos contra la nueva gripe que nadie sabrá cómo ha aparecido?

—Pero, lo que usted dice es horrible: Provocar una epidemia de

gripe artificial para hacer el gran negocio de venta de medicamentos.

—Exacto, y al ser una cepa de mutación muy avanzada, comparada con la actual, será muy virulenta, pues cogerá a la humanidad sin defensas. Calculamos, muy por encima, unos cien mil muertos, claro que Taga Loshen, para quitarle importancia al asunto, dijo que los que morirían serían los ya tocados, los ancianos.

Savage tomó el pequeño cilindro de acero dentro del cual había otro de plástico. Era como un microtermo sólidamente protegido.

— ¿Y dice que van a dispersar este virus modificado de la gripe?

—Sí. En un mapa del despacho del propio doctor Schneider estaba la distribución de la epidemia tal como se va a realizar. Usted lo habrá visto.

—Lo tengo fotografiado.

—Veo que sabe trabajar.

—Es lo que suelo hacer.

—Hay una caja repleta de cilindros idénticos a éste. Empezarán por destapar los primeros en barcos chinos del área de Macao, todo está estudiado para que todos los medios científicos y de opinión acusen a aquella zona como nacimiento del virus que se va a extender por todo el mundo. Ya está preparada, incluso, la campaña publicitaria de la NBB y hasta se espera que le den el premio Nobel *post mortis* al doctor Schneider por descubrir la vacuna contra esa gripe. ¿Se imagina el sarcasmo?

—Es horrible lo que me dice: Provocar una pandemia virulenta para hacer un brutal negocio con los medicamentos que salvarán a la humanidad de la propia pandemia… Eso sólo se le ocurre a mentes diabólicas. ¿Y dónde están los demás cilindros con el virus preparado para la dispersión?

—Están en el yate *Golden Chest*. En él ondea la bandera panameña y no británica y ese yate es la morada del mismísimo Noah Barcley Barcley.

CAPÍTULO X

El *Golden Chest* se hallaba anclado en alta mar, al Oeste de Land's End, fuera de las aguas jurisdiccionales británicas. Sus luces de posición podían verse perfectamente a distancia.

No había niebla, hacía una noche agradable y pacífica y hasta la mar era llana. Todo parecía sumido en calma chicha. Una lancha rápida, de seis metros de eslora, surcaba las aguas airosamente, con la proa puesta hacia el majestuoso yate de aspecto sólido pese a estar pintado en blanco. Era un yate de unos sesenta metros de eslora, capaz de enfrentarse con los mares bravos de la Tierra,

Cuando ya se acercaban, en la cubierta del lujoso y sólido navío, a estribor, se encendió un poderoso foco que lanzó su haz, iluminando de lleno la lancha que se aproximaba abiertamente, sin disimulos, con el faro de proa encendido.

Tras el parabrisas de la lancha rápida estaba Moses Pacific Savage, pero no iba solo; pegado como una sanguijuela a la banda de estribor de la pequeña nave estaba la figura pequeña, pero extraordinariamente ágil y flexible, de Juanito Chancleta, vestido con el traje de *neopreno* de los submarinistas. Cogido casi a la línea de flotación, esperaba no ser descubierto.

La lancha se detuvo junto a la escalera pegada al casco del yate de Noah Barcley

Barcley, aunque muy poca gente sabía que el multimillonario vivía allí, en el yate, en vez de en cualquier lugar de Inglaterra.

Al detenerse la lancha rápida, la figura de Juanito desapareció bajo el agua. No llevaba botellas de oxígeno, iba a pulmón libre.

— ¡Identifíquese! —pidió una voz desde la cubierta, a través de un megáfono a pilas.

—Vengo de visita —dijo Savage sujetando una de las amarras de la lancha a la escalera pegada al casco del yate. Trepó ligero por ella; allí había otra lancha similar a la recién llegada.

Al llegar a lo alto se encontró con tres hombres vestidos con jerseys negros de lana y gorras del mismo color y tejido. Empuñaban armas automáticas con las que apuntaban a Savage. Un cuarto individuo, un oficial de marina mercante, era el que tenía el electromegáfono en la mano.

— ¿Quién es usted?

—Moses Pacific Savage. Soy reportero internacional, con

pasaporte norteamericano.

—Levante las manos —le ordenó el marino que lo miraba muy suspicaz y con el ceño fruncido.

— ¡Sí, cómo no! —Se dejó cachear.

—Está bien, no lleva nada. ¿Qué busca aquí?

—Tengo que ver a Noah Barcley Barcley de inmediato.

— ¿Para qué?

—Eso se lo diré a él.

El marino apretó los labios, muy molesto. Señalando a uno de los que iban con jersey y llevaban pistola, le ordenó:

—Tú, ve a avisar.

—Parece como si tuvieran miedo de que fueran a asaltarles.

— ¿Por qué no? Nunca se sabe. Tú —señaló a otro de aquellos individuos—, revisa la lancha, a ver si lleva algo raro.

—En seguida.

Descendió por las escaleras. En aquel momento, las manos de Savage atenazaron la muñeca armada del hombre que le estaba apuntando; le hizo una presa de codo y se escuchó un crujido. Hueso y carne saltaron, reventados, mientras la pistola caía.

Casi al mismo tiempo, Savage proyectó su codo hacia atrás, aplicándole un *empi-uchi* en mitad de la oreja que consiguió que el tipo se derrumbara.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, el marino del megáfono no comprendía cómo había podido ocurrir cuando Savage ya le aplicaba una *nakayubi-ipponken* entre las cejas, con el nudillo del dedo corazón de la mano izquierda adelantado.

El marino tuvo un estremecimiento a todo lo largo de su cuerpo. Puso los ojos en blanco y se derrumbó para no levantarse. El ataque, con técnica de *karate,* lo dejó fuera de combate.

—No hay nada —dijo el tipo que había bajado a la lancha.

Subió por la escalerilla, pistola en mano, pero antes de rebasar los tres últimos peldaños, tuvo un desafortunado encuentro con un *nakato-geri.* El tacón del pie derecho de Savage le cazó en mitad del puente de la nariz. Se escuchó un extraño chasquido, absorbido por el ligerísimo rumor del mar, y con todos los huesos de la cara rotos, el sujeto del jersey se fue de nuevo a la lancha, rodando por la escalerilla.

Todo había ocurrido en segundos, aún tenía que regresar el individuo enviado por el oficial.

Savage se apresuró. Buscó entre las puertas y encontró la del radiotelegrafista, que un yate de aquella envergadura debía cuidar bien, pues podía realizar viajes transocéanicos.

Abrió la puerta y se encontró con el radiotelegrafista. Era un oriental que se lo quedó mirando perplejo.

—Lo siento —masculló Savage, aplicándole un *shuto-uchi* con el canto de la mano en la sien, dejándole inconsciente.

Aplicó el golpe con mesura, sin intención de romper o astillar hueso alguno, pero había bastado. Se encaró con el cuadro de radiotelegrafía y arrancó los cables, haciendo saltar fusibles, resistencias y condensadores Todo quedó inservible.

Iba a abandonar la cabina cuando escuchó voces.

— ¡Buscadle, es peligroso! —apremiaba una voz, nerviosa tras descubrir a los hombres fuera de combate.

Savage sabía ahora que en cuanto vieran su sombra, le dispararían a matar.

Mientras le buscaban por cubierta, Savage, amparándose en las tinieblas logró introducirse en el yate propiamente dicho. Si empezaban a buscarlo, no tardarían en encontrarlo, allí habría dos docenas de hombres cuando menos.

Al fondo de un pasillo, delante de una puerta oscura, descubrió a un hombre armado con una pistola.

— ¡Quieto!

—Cuidado, no dispares, traigo la cápsula —dijo Savage caminando rápido hacia el sujeto armado que custodiaba la puerta.

Aquel individuo quedó por unos instantes desconcertado, máxime viendo que Savage no iba armado, lo que fue fatal para él.

Savage proyectó su pierna derecha hacia la muñeca armada del matón. Encontró su objetivo y la mano quedó aplastada contra el marco metálico de la puerta. El arma saltó y los huesos de la muñeca crujieron entre sí, rompiéndose, astillándose, entremezclándose, mientras aquel hombre aullaba de dolor.

Savage, que no quería problemas, le aplicó un *tegatana* en el cuello cortándole la circulación de sangre por la carótida y el sujeto se desplomó dejando de gritar.

Empujó la puerta y se encontró en una amplia y lujosa sala de estar, decorada con tapices, objetos de valor y cuadros de primeras firmas.

Taga Loshen fumaba un cigarro habano mientras le encañonaba con una pistola automática. Junto a él había un oriental muy elegante que no tenía un solo cabello sobre su cráneo afeitado.

Miró a Savage con sus ojos almendrados e inescrutables y el *budoka* comprendió que aquel oriental podía ser peligrosísimo. Daba la sensación de una gran seguridad, y no era la seguridad estúpida y fanfarrona de muchos occidentales que confiaban en su fuerza bruta, sin técnica, matones de taberna; aquel oriental no era nada de eso y Savage lo clasificó de inmediato.

Pero, quien atrajo su mirada rápidamente fue un hombre muy viejo y reseco. Sucabello era totalmente blanco y su piel

apergaminada, con manchas marrones de vejez, estaba pegada a los huesos. Era una momia viviente, pero sus ojos todavía brillaban con fuerza, ambición y codicia. Eran dos tremendos faros de luz amarillenta, luz de lobo. Aquel hombre, casi encajado en una mullida butaca, no podía ser otro que...

—Noah Barcley Barcley.

—Savage, se ha pasado de listo. Levante las manos o le mato ahora mismo. Estamos en aguas no jurisdiccionales y no habrá policía que me pida cuentas.

Savage, como dándose por vencido, lo que estaba muy lejos de la realidad, alzó sus brazos despacio, con las manos vacías.

—Hace usted bien en obedecer —dijo Noah Barcley Barcley—. Taga, mi brazo derecho, mi brazo ejecutor, no vacilará en dispararle si intenta atacarme. Ya es un milagro que haya llegado hasta aquí. Ahora dígame, ¿por qué ha venido a suicidarse a mi yate; es uno de esos *kamikazes?* Tiene usted cierto aire oriental, pero sus ojos son grandes y verdes.

¿Es usted un bastardo?

—No más que usted, Barcley.

Era difícil averiguar si el viejo multimillonario tenía capacidad para palidecer, pues su piel era amarillenta y sucia por la vejez, pegada a los huesos y con un aspecto terroso. En su boca, que se agitaba con un permanente y ligero temblor se dibujó una tenue sonrisa de suficiencia.

En la puerta aparecieron dos hombres armados. Taga les miró y preguntó:

— ¿Afuera está todo controlado; hay alguien más?

—No, señor Loshen, ha venido solo, pero nos ha dejado sin radio ni telégrafo y ha puesto fuera de combate a cinco, incluido el radiotelegrafista.

—Por lo visto se ha movido, ¿eh? Ya le arreglaremos cuentas... Ahora, todos afuera. Taga Loshen cerró la puerta, apoyando después su espalda en ella.

— ¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó Noah Barcley, intrigado.

—Impedir que lleven a cabo el *affaire* de la gripe.

—No sé de qué me habla.

—No mienta, Noah Barcley. Sé que tiene las cápsulas con el virus de la gripe en este yate, preparadas para provocar la pandemia de la gripe de cepa mutada, Sé que tienen ya cantidades ingentes de vacunas y antigripales preparados en varias factorías y es una lástima, porque no servirán de nada. Dinero inútil, tirado. Ha sido una inversión ruinosa que terminará hundiendo a los laboratorios NBB en la quiebra internacional.

— ¿Quién le ha contado todo eso de la gripe de cepa mutada?

— ¿Qué importa? Tengo pruebas.

—No sea estúpido, no tiene ninguna prueba —le atajó Taga Loshen, desafiante. M. P. Savage se volvió hacia el jefe de seguridad de la NBB y dijo:

—Gracias a usted pude fotografiar el mapa de operaciones, me facilitó el pase adecuado. Ese mapa de dispersión de la pandemia gripal es una de las primeras pruebas que aparecerán en mi reportaje y lo podrá ver y leer todo el planeta.

— ¡Miente!

—No, Loshen, no miento. El mapa está colgado de la pared del despacho que ocupaba el doctor Schneider. ¿No se había dado cuenta de ello? Veo que no es tan observador como suponía. El doctor Schneider marcó meticulosamente los puntos del planeta donde iban a dispersar el virus fabricado en los laboratorios NBB, para provocar la pandemia. Ahora, si me entregan la caja con las cápsulas conteniendo el virus, olvidaré el asunto y no venderé mi reportaje.

— ¿Cuánto quiere por su reportaje? —interrogó Noah Barcley.

—Mi precio es la caja de cápsulas con el virus.

— ¿No dice que va a vender el reportaje?

—Sí.

— ¿Y le pagarán bien?

—Seguro.

— ¡Le doy diez veces más por él, se lo compro!

—No. Yo lo vendo porque necesito dinero para una especie de universidad de la vida y de *budokas* llamada Liberty Garden. Allí todos confían en Savage y jamás les traicionaré aceptando un dinero que está sucio, de modo que el precio es la caja con las cápsulas.

—No hay caja, y no saldrá vivo de aquí —le advirtió Taga Loshen.

—Aunque yo muera, el reportaje se publicará.

—Nos va a decir quién lo guarda, tenemos métodos para que hable. Shifo, encárgate de él —ordenó Taga Loshen.

El oriental sonrió levemente y se acercó a Savage con cuidado, sabiendo que su adversario podía reaccionar replicando con depuradas técnicas de las Artes Marciales Orientales.

Shifo trató de reducirlo empleando *Kung-Fu,* más no consiguió aplicarle ningún golpe. Taga Loshen, controlando la puerta, vacilaba; no quería matar a Savage en aquel momento, antes tenía que hacerlo hablar.

Intercambiaron varios golpes de manos y pies, ambos se medían.

De pronto, Shifo saltó sobre una silla. Aplicó sus manos al techo, se ayudó con ellas y proyectó sus pies para alcanzar a Savage en el pecho. No lo consiguió y fue a dar contra el cuerpo del sorprendido

Taga Loshen cuyos huesos crujieron siniestramente.

El cigarro saltó, cortado por sus dientes, y la pistola escapó de sus manos.

Los pies del oriental, que no habían encontrado a Savage, reventaron huesos y órganos de Taga Loshen que comenzó a vomitar sangre por la boca mientras quedaba sentado, escurriendo su espalda contra la puerta de la cabina.

Shifo había perdido el equilibrio en aquel ataque frustrado. Savage pudo revolverse y aplicarle un *shuto-uchi* doble con los cantos de sus dos manos, a cada lado del cuello, que crujió. El asesino quedó tendido en el suelo con los ojos abiertos mirando al techo. Alguien le había vencido con sus propias técnicas.

Noah Barcley, temblando su cuerpo carcomido por los años, se puso en pie empuñando una pistola, pero a Savage le fue facilísimo hacérsela saltar de la mano lanzándole una *ashigatana.* La punta del pie dio justo en su muñeca.

— ¡Socorro, auxilio! —gritó el ambicioso Noah Barcley Barcley. Savage se acercó a él, aplicándole los dedos en torno al cuello.

—Si grita o hace algún movimiento estúpido, le parto el cuello. ¿Comprendido?

— ¡Sí, sí, le daré lo que quiera!

— ¡Andando! Mis dedos son muy fuertes y su cuello muy delicado. Vamos a salir de aquí y si alguien me ataca, usted y yo nos veremos en el infierno, de modo que en marcha, pero antes... ¿Dónde está la caja con las cápsulas?

—En la caja fuerte.

— ¿Y dónde está?

—Allí —señaló una pared en la que se veía un mural.

—Ábrala.

— ¿Va a robarme? —preguntó temblequeando.

—Estúpido, yo no soy ningún ladrón. Vamos, ábrala.

Sin soltarle el cuello, le obligó a abrir la caja de caudales. Allí había muchos fajos de billetes de distintas nacionalidades. Savage no tocó ni uno solo de ellos, pero sí cogió una caja forrada de cuero negro con unas asas que la transformaban en maletín.

—Bien, vamos.

— ¿Adónde?

—Usted es mi salvavidas; si me atacan, se muere. Adelante.

— ¡Cierre la caja! —pidió.

—No hace falta. Vamos.

Abandonaron la sala, encontrándose ante varios hombres de la tripulación armados.

— ¡No disparen, no disparen! —suplicó el propio Noah Barcley.

Los hombres vacilaron, pero optaron por obedecer. Savage llegó

a cubierta siempre seguido por los hombres armados. Luego, enfiló hacia las escaleras.

— ¡Tengo frío! —se quejó el viejo millonario.

—Espero que coja la gripe, no se merece menos y a su edad, la gripe es suficiente para llevarlo con el diablo. ¡Abajo!

Descendieron a la lancha rápida. Allí estaba Juanito Chancleta en quien nadie había reparado.

— ¿Todo bien, Juanito?

—Perfecto, Savage.

—Pues, vamos. Conduce tú la lancha, yo me ocuparé del viejo. Ya tenemos el virus a salvo.

Se alejaron del yate. Savage soltó a Noah Barcley, el cual balbució ahogadamente:

—¡No podrá con mi imperio!

—Ya lo creo que sí, mire este aparatito.

Savage le señaló un detonador a distancia y oprimió el botón. Se escuchó una detonación... No fue muy grande, pero sí suficiente.

El artefacto que Juanito había adherido al casco del yate, al hacer explosión, había perforado el acero provocando una vía de agua que causaría un naufragio inexorable aunque lento, un naufragio que daría tiempo a que la tripulación se pusiera a salvo.

—Su hermoso yate se va a ir al fondo del mar... ¿Le parece bien, Noah Barcley Barcley? El viejo quedó con la boca abierta, no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

EPILOGO

—No es necesario que me lleve a ningún otro país —dijo el científico de la perilla—. He encontrado trabajo en otros laboratorios.

—Espero que no surja ningún otro *affaire* tan sucio como el de la gripe —objetó Savage sonriente.

—Si aparece algún nuevo *affaire,* le prometo denunciárselo. Usted tendrá la exclusiva, palabra. —Hizo una pausa, dio un vistazo al avión que aguardaba y añadió—: El viejo Barcley no resistió ver todo el reportaje del *affaire* de la gripe, por televisión. Comprendió que se había hundido y reventó de un infarto, claro que ya poco le quedaba de vida…

Se estrecharon la mano y M. P. Savage se dirigió hacia la *Spirit of Samurai*, su “Piper-Jet”, en cuyo interior aguardaban Diana y Eveline. Se las iba a llevar a ambas para que tuvieran unos días de descanso, de reencuentro consigo mismas, en Liberty Garden.

Minutos más tarde, el científico veía desaparecer en el cielo el pequeño avión a reacción pilotado por Savage.

También lo estaban viendo Juanito Chancleta y Ricky desde el automóvil “Daymio”, detenido en el área de *parking* del aeropuerto londinense.

F I N



¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.